

Enrique Moradiellos, *La persistencia del pasado. Escritos sobre la historia*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004, 148 pp.

Uno de los más reputados epistemólogos, M. Bunge, recordaba hace años las dificultades que se presentan al historiador para reflexionar sobre la constitución de su disciplina, ya fuera por intentarlo demasiado pronto e incurrir en los errores y precipitaciones propios de la bisoñez, o porque se pospusiera el empeño durante tanto tiempo que las inevitables dudas que acompañan a la madurez le impidieran finalmente ponerse manos a la obra. Si a tales presupuesto se añaden nuestras consabidas reticencias a reflexionar en público sobre los fundamentos de la Historia, según advirtiera R. Samuel, se ha de coincidir en que la publicación de E. Moradiellos no sólo es oportuna, sino que sobrepasa con creces las preocupaciones habituales del quehacer intelectual en que se ha concebido.

La denominada crisis de la historia, sobre la que se han vertido ríos de tinta y ha sido objeto de incontables reuniones científicas, nos ha permitido a quienes seguimos tales acontecimientos distinguir dos clase de profesionales en la materia, a los que P. Rossi identificó bajo su conocida metáfora de las arañas y las hormigas: en un lado estarían quienes apostaron por la teoría en la construcción del conocimiento histórico, y en otro aquellos que hicieron del empirismo la razón de ser de sus investigaciones. Para todos tiene respuestas este libro en una sopesada combinación de ambos elementos, inusual por la consistencia de las aportaciones que ofrece para abordar

una materia reservada antes sólo a iniciados y de la que huyen los alquimistas impacientes.

Enrique Moradiellos no es alguien que reflexione por primera vez sobre los fundamentos de la disciplina histórica, se sitúe frente a ella, la diseccione y proceda al análisis detallado de sus principios constitutivos. Lo hizo anteriormente en obras que se han convertido en punto de referencia para la historiografía (*Las caras de Clío. Introducción a la historia y a la historiografía*, 1992; *El oficio de historiador*, 1994, que va ya por su cuarta edición; *Sine Ira et Estudio. Ejercicios de crítica historiográfica*, 2000). Lo avala asimismo una práctica empírica que tiene sus referencias más significadas en las investigaciones sobre las relaciones de España y Gran Bretaña durante la contienda civil española y sus repercusiones en Europa (*Neutralidad benévola. El gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, 1990, con prólogo de P. Preston; *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, 1996; *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, 2001), así como en los estudios dedicados a *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad* (2000), y *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado* (2002).

Consta el libro de diez apartados en los que se aúnan la reflexión epistemológica con la práctica empírica y la vertiente didáctica. Lo integran artículos publicados anteriormente en revistas especializadas y en suplementos culturales de la prensa nacional y su objetivo último busca, en palabras de su autor, «una contribución reflexiva al

debate en curso sobre el ser y el hacer de las ciencias históricas en el seno del mundo y la cultura actuales». En su propuesta, Moradiellos huye deliberadamente de la simplicidad argumental y sugiere respuestas complejas para problemas teóricos que también lo son. Desde los presupuestos de una formación anglosajona que le hace poco proclive a los excesos; con una metodología que huye del recurso fácil; sobre la base de un saber enciclopédico y una bibliografía que en ocasiones llega a ser apabullante; acudiendo a imágenes llenas de plasticidad, el autor nos propone sortear las arenas movedizas que circundan la generación del conocimiento histórico recurriendo al empleo de materiales empíricos que, sometidos a una crítica exigente y rigurosa, marquen los límites «infranqueables a la credulidad y fantasía sobre el pasado de la humanidad».

Al alejarse de la naturaleza de los relatos míticos y las ficciones noveladas, la investigación histórica «pretende ser verdadera, no arbitraria ni caprichosa; verificable materialmente y no improbable; causalista e inmanente y no fruto del azar o de fuerzas inefables e insondables; racionalista y no ajena a toda lógica demostrativa; crítica (en cuanto que sujeta a criterio discriminador y revisable) y no dogmática (autosostenida en su propia formulación y sacralizada como inmutable)». Así se pone de manifiesto en la que, a mi modo de ver, constituye la mejor de sus aportaciones y que figura al principio del libro, la titulada “La ciencia de la historia en tiempos de incertidumbre: Una perspectiva racional-constructivista”.

Notables aciertos contienen sus “Notas sobre la idea de progreso en la Historia”, si bien no comparto su pesimista parecer sobre la virtual “desaparición” de dicho principio de nuestro universo cultural y su sustitución por un ideal de estabilidad que se me antoja tan ficticio como interesado. A gran altura brilla la entrevista que hace al intelectual de origen búlgaro y residente en Francia, Tzvetan Todorov, completada con lúcidas apostillas que extrae de sus obras. Tras abierto diálogo, manifiesta rendida admiración hacia él cuando escribe que «avalado por su demostrada sabiduría humanística, tiene el porte y la serenidad de un patricio romano y la mirada lúcida de quien ha visto mucho mundo y ha vivido intensamente los avatares de un siglo convulso y esperanzador».

Un deje de nostalgia encierra la nota necrológica dedicada a Fernand Braudel y, por extensión, al fracaso del paradigma concebido por él de una historia dominada por las estructuras y en la que el sujeto no ocupaba un lugar principal y el tiempo se fraccionaba. No menor interés tienen las reflexiones del apartado “Historia Contemporánea e Historia del tiempo presente: La cuadratura del círculo”, por lo que adelantan sobre debates futuros en el seno de la especialidad. Mayor preocupación se advierte cuando aborda las perspectivas a que se enfrenta la faz cambiante de Europa en los últimos decenios y sintetiza en “La ilusión del edén terrenal: los utopismos políticos contemporáneos”. Los peligros que acechan a la enseñanza de la historia aparecen recogidos en “Las tribulaciones de Clío en el aula”; ante el porvenir incierto que espera a las

Humanidades, difícilmente se podrá no estar de acuerdo con el autor.

De naturaleza complementaria con los anteriores considero los estudios dedicados en el libro a la época contemporánea. Producto de su formación anglosajona es el capítulo titulado “El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo”, en el que ofrece importantes claves para la comprensión de la leyenda negra y el mito de la España romántica, con las interesadas interpretaciones de que ha sido objeto a lo largo de la historia; concluido este repaso, dedica especial atención a una materia que conoce y domina como pocos, la producción historiográfica de los principales hispanistas, desde G. Brenan, a P. Preston, pasando por H. Thomas y R. Carr. Aportaciones novedosas a nuestra historia reciente constituyen la materia de “Un incómodo espectro del pasado: Franco en la memoria de los españoles”, y de la reseña titulada “Ecos y memoria de la Guerra Civil española”. No faltan en esta última prevenciones contra la tendencia fácil a la proliferación del mito y la fábula en dicho periodo, ni tampoco veladas advertencias sobre los riesgos de un intrusismo profesional que, falto del oportuno bagaje conceptual y metodológico que debe acompañar al historiador, únicamente contribuye a desencadenar polémicas estériles y que ayudan muy poco a desvelar la verdad de nuestro pasado más doloroso.

Concebidos desde el compromiso, con una fina ironía y gran oficio, los trabajos recopilados en esta publicación se convierten en un firme alegato contra quienes desde las trincheras de los hipernacionalismos más xenófobos, los fanatismos

identitarios exclusivistas, el racismo más virulento y los totalitarismos encubiertos pretenden la reinención de pasajes históricos que únicamente existen en las mentes de algunos. Los escritos de E. Moradiellos reivindican «la vigencia actual de la racionalidad histórica, su capacidad para intentar discriminar objetivamente la verdad del mito histórico o la ficción novelada, y su imprescindible practicidad social y ética para nuestros tiempos y nuestras sociedades». Una obra, en definitiva, aparentemente asequible en la forma, pero extraordinariamente compleja y bien resuelta en las cuestiones de fondo que aborda y que atañen, ni más ni menos, que al bagaje conceptual y metodológico de la práctica histórica.

Miguel Ángel Melón Jiménez

Francisco Sevillano Calero, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004.

La bibliografía sobre la represión franquista es cada vez más extensa y heterogénea, pero el libro de Sevillano Calero viene a cubrir una parcela hasta ahora poco estudiada: la formación de las milicias de voluntarios en el bando nacional, antes, durante y después de la guerra. Con un formato y estilo sencillos que pretenden acercarse, más allá de la historiografía especializada, al lector en general, este libro permite cubrir varios flancos. El primero es la propia formación de las milicias, en las que se integraron falangistas de primera hornada, pero también requetés, miembros de las JAP, legionarios de Albiñana y antiguos militantes de Renovación Española. Es decir, un

amplio elenco de todos los disidentes del régimen republicano, pronto absorbidos, dirigidos y promovidos por las autoridades militares. El segundo, ahonda precisamente en la colaboración de las instituciones conservadoras, especialmente la Iglesia, y naturalmente el Ejército, en el encauzamiento de todo ese potencial hacia un mismo objetivo: la eliminación del adversario. El tercero, analiza las claves para la elaboración de un discurso estereotipado sobre el enemigo, que engarzaba con todo el pensamiento reaccionario tradicional español, y justificaba el necesario “exterminio” del vencido.

En el primer sentido, el autor realiza un serio esfuerzo para cuantificar, explicar y sintetizar la composición de las milicias, su distribución geográfica y su modo de operar. En el segundo, expone sin ambages la colaboración eclesiástica en la tarea represora, que elabora el discurso adecuado para convertir en sangre redentora la de los *mártires de la Cruzada*, sin equiparación posible en el bando contrario. Cualquier escrúpulo de conciencia fue eliminado de raíz desde el seno de la propia institución religiosa. En el tercero, yuxtapone los elementos ideológicos, políticos y sociales que ayudan a entender como la media España vencedora fue capaz, sin plantearse demasiadas dudas, de justificar, y ejecutar, una política de venganza sistemática hacia la media España vencida. Suele admitirse que toda guerra civil tiene un sustrato de guerra de clase y la represión de posguerra viene a confirmarla, porque una de las principales características de esa represión, como se deduce de la lectura de este libro, fue la de venganza de clase. Pero lo que se pregunta fundamentalmente el autor es cómo

personas inicialmente no muy significadas, ni social ni políticamente destacadas, acabaron contribuyendo a la represión institucionalmente organizada e incluso cometieron verdaderos asesinatos. El historiador de oficio siempre siente pudor al emplear estos términos. ¿No estaremos exagerando?, ¿no estaremos cargando las tintas en exceso? Pero las pruebas se revelan cada vez más abrumadoras. A medida que avanzamos en la investigación, a medida que se van consultando los archivos, hasta hace bien poco vedados a los profesionales, el panorama es más desalentador. El régimen de Franco no admite paliativos. Es verdad que esto es especialmente cierto para los primeros años de la inmediata posguerra, cuando todas las heridas estaban bien abiertas y la estrategia del terror se aplicó concienzudamente, pero no es posible olvidar, aunque resulte poco ortodoxo recordarlo, que Franco nunca dejó de firmar sentencias de muerte, ni siquiera en las postrimerías de su régimen, cuando la suya propia estaba cerca.

Un régimen dictatorial extiende sus tentáculos a toda la sociedad. Es difícil escapar o eludir su radio de acción, y esto podría explicar inicialmente el “contagio” institucional que alcanzó a todos los sectores sociales de la España de posguerra. No había alternativa: o conmigo o contra mí. Esa es la única realidad permitida en un país sometido a la doctrina del partido único. El poder ilimitado del vencedor se justificó además *deslegitimando legalmente* al vencido. No hubo rebelión militar, los que se rebelaron fueron los otros. Aquel *Alzamiento*, en aras de restaurar los *verdaderos* valores de la España *auténtica*, desvirtuados por el enemigo revolucionario y marxista, por la *Anti-España*, fue *legítimo*. Y sobre

esa base se apoya toda la represión posterior. Pero no se puede olvidar, por muy obvio que resulte, que fue un golpe militar, el del 18 de julio de 1936, el que desencadenó la guerra y que fueron los sublevados los que la ganaron. Una dictadura, la de Franco, sucedió a un régimen democrático, la II República. Es fácil imaginar lo que hubiera ocurrido con nuestra flamante democracia si el golpe del teniente coronel Antonio Tejero, el 23 de febrero de 1981, hubiera triunfado.

A la deslegitimación del régimen republicano siguió la de sus defensores. Un decreto del Ministerio de Justicia, fechado el 26 de abril de 1940, avanza el contenido de la llamada "Causa general", en medio de un clima internacional todavía liderado por el nazismo. Más tarde, el 18 de abril de 1947, se publicaría la Ley de Represión de bandidaje y terrorismo, mientras la declaración de estado de guerra, vigente hasta abril de 1948, recogía el conjunto de agravios que permitiría aglutinar a los vencidos en el conocido delito por el que la mayoría de ellos fueron detenidos, condenados y, muchos, ejecutados: "adhesión a la rebelión". El maniqueísmo se había instalado oficialmente en España.

Estas son las premisas fundamentales que se desprenden de la lectura de este libro. Un libro que pretende responder fundamentalmente a una pregunta que el autor plantea en el prólogo: "¿por qué individuos corrientes en su comunidad acabaron asesinando a hombres, mujeres y jóvenes en la guerra de exterminio que se desencadenó en España tras el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio de 1936?". Hay razones que ayudan a explicar, si no a justificar, esa manera de proceder, sobre todo en lo que atañe a los sectores menos signi-

ficados de la sociedad española en la inmediata posguerra. Y en estas razones ayuda a profundizar la obra del profesor Sevillano Calero, que analiza por qué los civiles, falangistas, requetés y personas "de orden", se implicaron en los asesinatos y cual fue la responsabilidad de los militares en su organización, por qué estas personas —inicialmente anónimas en su comunidad— permitieron el control de la retaguardia y "la imposición cotidiana sobre los vencidos en medio del silencio y la impunidad de los crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos por los vencedores en el "nuevo Estado" franquista".

Desde esta perspectiva, el autor analiza la organización de las milicias en la "España nacional", la movilización de voluntarios y la participación de civiles en la represión, las implicaciones de la Iglesia, las motivaciones personales, la unificación de falangistas y requetés en la Milicia Nacional, y las "explicaciones" ideológicas y políticas, convenientemente aderezadas desde el poder, que justificaron primero el alcance y dureza de la represión sobre los vencidos y el silencio y la impunidad posteriores para "los crímenes de guerra y contra la humanidad" cometidos por los vencedores, que permitieron extender el manto de silencio hasta la actualidad. Pero, sobre todo, dibuja un panorama de miedo, de opresión, de venganza, que no pudieron esquivar ni siquiera los propios protagonistas de la tragedia: ni los vencidos, claro está, ni lo que es menos obvio, los vencedores, que contribuyeron a construir una España pacata, víctima de sus propios errores y desigualdades, que tardó, sin duda más de lo deseable, en despegar.

Ángeles Egido León

Ángel Herrerín, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, 468 pp.

La historiografía sobre el franquismo, que tanto ha crecido en los últimos años, continúa siendo muy desequilibrada temáticamente. Aunque la historia política ha tenido un desarrollo muy destacado, se ha centrado en buena medida en las instituciones y, en términos comparativos, uno de los ámbitos menos cultivado es el de la historia de la mayor parte de las organizaciones antifranquistas, la actuación de las cuales, si acaso y salvo alguna excepción, ha sido analizada desde el punto de vista de su incidencia en la conflictividad social. Es de esperar que las investigaciones en curso ayuden a cambiar el panorama.

En particular, respecto la CNT, los trabajos disponibles hasta ahora –en parte obras de protagonistas– aunque tengan interés, tanto desde la perspectiva metodológica, como por las preguntas que intentaban responder y por las fuentes que utilizaban, resultan en su mayoría claramente insuficientes. En ese contexto la investigación de Ángel Herrerín viene a cubrir un gran vacío sobre una de las organizaciones más importantes de la primera mitad del siglo XX español. No deja de ser significativo que, cuando hace un par de años, la revista *Ayer* dedicó un monográfico al anarquismo español la cronología se cerrara en 1939. Ciertamente, la explicación de la ausencia de un artículo sobre la etapa posterior a la guerra civil –etapa en que la CNT tuvo un protagonismo social

desconocido hasta entonces, sobretodo en algunas zonas– seguramente se debe buscar en la inexistencia en aquel momento de estudios que hicieran posible la síntesis interpretativa.

Como indica el título del libro, el autor ha analizado la trayectoria de la CNT a lo largo de todo el período franquista y su actuación tanto en el interior del país como en el exilio; esta doble mirada es fundamental pues, como Herrerín demuestra, los militantes del interior fueron incapaces de liberarse de la intervención del exilio en la marcha de la organización. El dilatado período analizado también resulta importante porque permite constatar que, a pesar de las diferencias en etapas tan diversas como los años cuarenta o setenta, las razones de fondo que explican la evolución cenetista son muy parecidas en todos los casos. Por último, hay que reseñar también la diversidad de fuentes utilizadas: documentación oficial, de instituciones públicas y privadas, la esencial documentación cenetista, así como una treintena de entrevistas que han permitido al autor contrastar sus fuentes y llegar al fondo de muchas de las conclusiones a las que le llevaba la documentación escrita.

Los cinco capítulos en que se estructura el libro trazan un perfil bien definido de la evolución de la organización anarcosindicalista y se acercan a algunas de las cuestiones fundamentales para explicarla. El autor sitúa en 1949 la frontera decisiva en la trayectoria de la organización. Antes de esa fecha la CNT en el interior ensayó múltiples fórmulas para recuperar el protagonismo e intentar acabar con el franquismo; para ello era imprescindible superar la represión sufrida, la desmoralización de la militancia como resultado de la experiencia de la guerra

—unos años en los que tuvieron su mayor oportunidad de intervención social, pero que habían generado una intensa amargura— y las terribles condiciones de los años cuarenta. No fue posible, ni para ellos ni para ninguna otra organización. Para salir de la postración era necesario romper con el pasado y prepararse para luchar en las condiciones nuevas y sumamente difíciles impuestas por la dictadura. Eso, algunas organizaciones no lo supieron hacer y otras no quisieron hacerlo.

Desde finales de los años cuarenta una de las causas fundamentales de la frustración cenetista fue la crónica división interna, cuyo origen —explica Herrerín— se encuentra a su vez en las experiencias de la guerra y en el hecho que, bajo las mismas siglas, en realidad convivían dos organizaciones diferentes. Hace tiempo que los estudios sobre el anarquismo en España han puesto de relieve la diversidad permanente del movimiento: el peso de los grupos de afinidad, la distancia entre el anarcosindicalismo y el individualismo ácrata. Ahora bien, después de 1939 y particularmente desde finales de los años cuarenta, más que diversidad lo que existía era un enfrentamiento abierto entre posiciones distintas —en ocasiones agrupadas bajo la denominación de “reformistas” y “puristas”— que derivaron en enfrentamientos personales, y que el autor explica en todo su dramatismo. De especial relevancia para la evolución de la organización en España fue el intento de control ejercido por la FAI, que incluso puso en peligro a la militancia en el interior. En aquel contexto sectario —que ciertamente favorecía la clandestinidad y el acoso represivo— el debate entre “colaboracionismo” y “aislacionismo” se refleja falso, pues

encubría la falta de proyecto de aquéllos que, en la práctica, renunciaban a mantener una actividad resistente. En ese sentido una frase de Federica Montseny, pronunciada en 1945, es suficientemente clarificadora —y al tiempo sobrecogedora en labios de una dirigente política— de la actitud de la dirección en el exilio; Montseny afirmó: «colaboración significa transigencia y lo inteligente es mantenerse salvajemente aislados». Evidentemente, teniendo en cuenta esas posiciones, se explica perfectamente la imposibilidad de los militantes del interior de luchar en las nuevas coordenadas impuestas por el franquismo, y mucho más lo fue a partir de la década de los años sesenta, cuando el país vivió un proceso de transformación económico-social extraordinario.

Herrerín también dedica atención a otra cuestión fundamental: la ausencia de relevo generacional que sufrió la CNT. Sus argumentos son contundentes: los anarcosindicalistas fueron incapaces de hacer un análisis objetivo de la realidad española y, por tanto, no fueron capaces tampoco de presentar una forma creíble de lucha para conseguir los objetivos de los trabajadores. Su profundo anticomunismo les impedía constatar, por ejemplo, que sólo las formas relativamente unitarias de lucha en torno a reivindicaciones compartidas por el conjunto de trabajadores podían tener el apoyo de éstos; un dato explicado por el autor es suficientemente ilustrativo de la ceguera e inoperancia de la organización: la CNT se opuso en los años sesenta a que en la Alianza Sindical Obrera se integrara cualquier organización creada con posterioridad a ¡1936!.

De aquí se deduce fácilmente la ausencia de relevo generacional, que queda ampliamente reflejado en los cuadros y gráficas presentados por el autor; en ellos se muestra que la edad media fue aumentando con el paso de los años, lo que significa que la organización sólo fue capaz de mantener en sus filas a personas que, mayoritariamente, habían sido socializadas políticamente antes de la guerra pero que, al envejecer, no podían llevar el peso de la organización. Tan dramática se fue haciendo la situación, que en 1968 no era posible nombrar un secretario general porque los posibles candidatos aducían que, dada su edad, no se podían permitir el lujo de volver a la cárcel. Evidentemente, esa misma falta de relevo generacional dificultaba la conexión con las nuevas generaciones que se incorporaban a la conflictividad colectiva, al tiempo que hacía más difícil encontrar –o sumarse– a las nuevas formas de actuar que se desarrollaron en aquellos años.

Muchos otros temas son analizados por el autor, como el cincopuntismo, las relaciones internacionales entre los anarquistas, etc. En conjunto la obra es de un gran interés porque por primera vez, con la metodología del historiador y al margen de la organización, tenemos disponible un análisis de la trayectoria de una organización excepcionalmente importante en la historia del siglo XX español.

Carme Molinero

José Luis Ledesma, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, 362 pp.

De irracional, espontánea, “inundatoria”, homogénea o indiscriminada se suele tildar la represión en la retaguardia republicana durante la guerra civil, siempre según los preceptos analíticos o políticos del analista. Racional, parcialmente controlada, limitada, heterogénea y no dependiente tan sólo de factores exógenos a las comunidades locales es como fue realmente en la retaguardia zaragozana, según el brillante estudio de José Luis Ledesma. Un trabajo que es anticipo de lo que será sin dudas un libro de mayor amplitud territorial que podrá bajo la mirilla acusatoria los mitos desplegados desde 1936 en torno a la represión republicana. Un libro que, además, consigue resituar la violencia de retaguardia en la provincia de Zaragoza entre 1936 y 1938 tanto en los estudios científicos sobre la coerción y la represión en las guerras civiles como en el imaginario público y colectivo. El enfoque adoptado por el autor, del que aquí van a darse los rasgos preponderantes, desde luego facilita las cosas tanto para uno como para otro objetivo.

Lo que para muchas investigaciones es el punto de llegada, la cuantificación de las víctimas mortales de la violencia en una determinada región, es aquí más bien un punto de partida para analizar la violencia

republicana dentro de lo que el autor señala como triple contexto, aunque sería más bien cuádruple: el del despojo de la autoridad estatal republicana sobre la violencia ejercida desde el poder tras el golpe de Estado de julio de 1936; el de una guerra «en la que todos estaban forzados a elegir lealtades perentorias y sin matices»; el de una revolución en la que el «sincero antifascismo» se probaba mediante la implicación en los mecanismos de control político; y, como cuarto aspecto también destacado por el autor, el de la utilización de esa violencia como camino para asegurar y aseverar dicho mando, esa revolución, en unos momentos de «multiplicidad de poderes que se disputaban un poder en la revolución» (todas las citas, en la p. 306). El problema, sin embargo, que se afronta con este libro es mayor si cabe que el de aclarar los hechos, resituarlos y contextualizarlos: la dificultad mayor –lo que incrementa su utilidad– es superar los «mitos, anatemas y falsificaciones» (p. 20) que rodean este tema, y que han devenido en un «conocimiento sesgado e insuficiente», demasiado instrumentalizado para legitimar la dictadura franquista como para ser abandonado por una historiografía que, en los últimos tiempos, ha dirigido preferentemente su mirada al otro lado de las trincheras, para analizar la violencia franquista. El esquema interpretativo de poner en relación la violencia política en ambas zonas, sin embargo, además de ser demasiado permeable a justificaciones y retóricas, ha tendido a dejar la represión en el bando leal en un ángulo oscuro de «espontáneos orígenes y actores incontrolados» (p. 25), esto es, a no conocerla en su compleja realidad. Por ello, la propuesta del autor se desliga de los modelos teóricos demasiado planos

o descriptivos, para tratar de poner en relación la violencia republicana con las siempre resbaladizas teorizaciones sobre la violencia política y la acción colectiva, del mismo modo en que se huye de martirologios y legitimaciones retroactivas a la hora de afrontar el complicado tema de la persecución anticlerical (pp. 244-269). Una pretensión sobradamente cumplida a lo largo del texto, a la que solamente cabe hacer una apreciación: si acepta que «el contexto lo es todo en el análisis de la violencia política» o bien la observa solamente como laboratorio de una sociedad, se estarán dejando de lado las racionales y conscientes opciones personales sobre su empleo o no. Ledesma opta «ante todo» (p. 39) por un modelo político y de elección racional, y después investiga no sólo la violencia sino a sus actores, sus víctimas, sus raíces, sus consecuencias. Los rostros, las identidades, los miedos, las memorias. No solamente, por tanto, su utilidad política; no solamente los contextos donde se generó.

El nacimiento del caudal (no «inundatorio» sino con «notables diferencias locales», marcadas por el «grado de apoyo civil a la sublevación militar», p. 110) que arrastró a la muerte a 742 zaragozanos en la retaguardia republicana lo sitúa el autor en julio de 1936, si bien lanza su mirada hasta algunos años antes, no en la búsqueda de «causas» –un trabajo que a veces resulta simplista o determinista– sino para aplicar de modo útil el modelo teórico desplegado (pp. 91-95), encontrando a veces sorprendentes concomitancias con otros procesos revolucionarios y avanzando así en un modelo explicativo de los mismos (p. 241, para una desacreditación de la revolución durante la guerra civil como

una «rebelión de los más oprimidos»; p. 112 para una visión de las tensiones campesinas durante la República no como una «expresión de la miseria y el odio de clases» sino como «una lucha por mantener y conquistar el poder político que podía redundar en una mejora de las condiciones del campesinado»). De tal modo, una de sus virtudes consiste en mirar la represión republicana desde dentro de las localidades donde se ejerció, tras la llegada de las milicias y columnas que implantaron el nuevo orden social, la revolución, con fuego y pistolas; pero, asimismo, superar los estrecheces condicionadas por la mirada *micro* para hacerlas entroncar con (o bien cuestionar a) las *macro*. El marco local empleado en este libro, amén de servir para clarificar y despejar dudas acerca de la realidad tangible de la represión republicana y de los mitos contruidos a su flamígero paso, y de permitir una abrumadora utilización de la fuente oral (acumulando hasta 68 testimonios diferentes) ayuda a comprender, ante todo, la doble dimensión física y simbólica que tuvieron los fuegos revolucionarios, las muertes por represión, en la retaguardia republicana zaragozana.

A aclarar los mecanismos y fases de esa represión dedica el libro, a la postre, buena parte de su espacio, desde la búsqueda del desencadenante (la rebelión militar de julio de 1936, que «acabaría de definir» a los enemigos en todos los marcos, nacionales y locales, p. 111) a los motivos para que esa no fuese homogénea ni inundase todos los ámbitos de la sociabilidad por igual, ni en todos los partidos judiciales estudiados. A buscar por qué, en definitiva, en unos sitios había derramamiento de sangre y en otros

«junto a la revolución no crecía la hidra de la violencia» (p. 121). En este sentido, cabe decir que un ordenamiento cronológico de los argumentos, así como un índice temático y toponímico, habrían facilitado la consulta particular. La estructura de este exigente libro, en cambio, obliga a su lectura continuada y atenta para no perderse en los saltos hacia atrás, perfectamente justificados por otra parte, en los que el autor busca orígenes, marcos teóricos y posibles explicaciones. Algo que, desde el tercer capítulo, se deja de lado para mostrar dentro de una estructura cronológica que, al igual que en el resto de la zona republicana, la mayoría de las muertes avinieron entre julio y octubre de 1936, ante todo donde hubo mayor presión a favor de los sublevados y con condicionantes como el alejamiento o cercanía de la línea del frente. Y para mostrar cómo, tras una violencia «más o menos espontánea» derivada del «ambiente de impunidad», ésta no sería otra cosa que un «instrumento de la revolución y de los micropoderes surgidos del derrumbe del aparato estatal» (p. 145). Efectivamente, la violencia tuvo un considerable descenso desde el otoño de 1936 —entre otras cosas, el Consejo de Aragón, ubicado en Caspe, hizo un esfuerzo por hacerse con su monopolio—, con diferencias también entre localidades, ya que en aquéllas más cercanas al frente de batalla fue siempre más difícil controlar el ejercicio de la represión política (p. 192). Sin embargo, no era exclusivamente un control estatal, sino ante todo el control del poder, quienquiera lo detentase, el factor determinante para la reducción del número de asesinados. Y, además, la lógica de la violencia tampoco fue completamente apaciguada: tras el «cambio de signo» de la violencia, el

rebrote de los asesinatos tras la toma de Belchite fue el ejemplo postrero de que la sangre iba aparejada a la revolución; pero también de que, sin revolución por hacer, los asesinatos formaron parte de la implantación del poder y del control territorial en sus variables políticas, sociales, bélicas... y simbólicas.

Y es que los símbolos fueron pasto de las llamas revolucionarias porque se trataba de crear una nueva sociedad, una nueva ordenación de las cosmovisiones, abierta la oportunidad histórica por la reacción al golpe militar y la subsiguiente fragmentación del Estado. Por eso cayeron sacerdotes y se utilizaron iglesias como establos, comedores o salones sociales, se colectivizaron las tierras de los «fascistas» y se presionó sobre los «individualistas» en el marco de la nueva estructura económica y de la propiedad. Sin embargo, Ledesma huye de verbos y expresiones impersonales, y busca los rostros, actitudes, identidades y memorias de los revolucionarios y de sus víctimas. Y después propone sus conclusiones: la instrumentalización pública de la violencia en la zona republicana comenzó en 1936, precisamente durante el tiempo de su mayor apogeo, para hacer creer que aquélla franquista había sido, ante todo, reactiva y respuesta a la revolucionaria. Eso, sin embargo, se ve desmentido en el trabajo de Ledesma tanto en lo teórico (un ejercicio de aplicación de los postulados de Ch. Tilly) como en lo práctico, y tanto para el período republicano como para el bélico. No obstante, cabe señalar que el análisis peca en algunos momentos de unidireccional: que la conceptualización desarrollada sobre uno de los aspectos claves en este asunto, el del recuerdo colectivo de la violencia republicana,

tenga un marcado carácter impositivo (esto es, de arriba abajo) y no se adentre en los porqués de la generalizada aceptación de tal visión propagandística es útil para entender la instrumentación de la memoria por parte del poder dictatorial. No así tanto para analizar las lealtades generadas en quienes huyeron, sobrevivieron a la represión republicana, o fueron familiares, amigos, “camaradas” de sus víctimas.

Se trata, sin embargo, de una minúscula mácula en un estudio ante todo centrado en el análisis de la violencia, sus canales y sus efectos. Ledesma transcurre su camino desde las explicaciones antropológicas y sociológicas a las realidades cotidianas de la retaguardia. Y, desde luego, con un cuidado lenguaje y un más que correcto uso indistintamente de los acontecimientos particulares, sus fuentes y las categorías analíticas con las que entroncan, *Los días de llamas* se convierte por derecho propio en el libro de referencia sobre el tema, preludivando un deseado análisis sobre toda la retaguardia republicana que, a buen seguro, el autor sabrá llevar a cabo. Eso sí: el listón queda muy alto con éste su primer libro, y las expectativas también.

Javier Rodrigo

Cristóbal Gómez Benito (dir.) y Juan Carlos Gimeno, *La colonización agraria en España y Aragón 1939-1975*, Alberuela de Tubo, Ayuntamiento, 2003.

El duro debate generado por la tramitación, aprobación y puesta en marcha del Plan Hidrológico Nacional pone de manifiesto la importancia que

posee el agua como elemento vertebrador del territorio y generador de riqueza y prosperidad. Dejando de lado los argumentos que señalan las consecuencias de su puesta en práctica en el marco medioambiental de las zonas afectadas por los trasvases, lo cierto es que el debate se ha centrado en la lucha entre las distintas regiones por un recurso capaz de generar importantes beneficios demográficos, territoriales, económicos y sociales.

En este contexto llama poderosamente la atención las escasas referencias de los políticos sobre la colonización agraria llevada a cabo en España durante el régimen franquista; experiencia en la que, tomando como eje vertebrador los recursos hídricos, se entremezclaron con mayor o menor éxito planteamientos agraristas de muy variado origen: políticos, económicos, sociales, demográficos... Quizás para evitar asociaciones incómodas en un periodo de sucesivas citas electorales o quizás por la amnesia histórica, de corte marcadamente selectivo, de nuestra clase política, la colonización franquista se convierte en una referencia de segunda fila –cuando las hay– en unos discursos que repiten inconscientemente viejos tópicos.

Es por tanto agradable encontrarse con una obra de síntesis tan completa como la realizada por Cristóbal Gómez Benito y Juan Carlos Gimeno. Ambos autores, con la colaboración de otros miembros del Centro de Interpretación de la Colonización Agraria en España y Aragón, continúan así anteriores monografías y artículos en los que la colonización agraria se ha convertido en uno de los objetivos de sus investigaciones en el campo de la sociología rural; situación ésta que ha

determinado el predominio en el presente trabajo del enfoque técnico sobre la interpretación estrictamente histórica.

Como pone de manifiesto el predominio en las citas de las fuentes secundarias sobre las primarias, esta obra lleva a cabo una interesante labor de síntesis de los trabajos realizados en los últimos treinta años sobre la colonización franquista. Esta circunstancia convierte al libro en un interesante punto de partida para todo aquél que quiera adentrarse en este aspecto fundamental de la política agraria del último siglo. Todo ello a pesar de que, por su afán sintetizador, se pasa de forma rápida y superficial por cuestiones que pueden interesar a los más entendidos en la materia, por ejemplo un análisis más detallado de las auténticas motivaciones de los grupos sociales beneficiarios o los pormenores de las ideologías agraristas falangista o socialcatólica que la respaldaron. Sin embargo, la síntesis realizada por Cristóbal Gómez Benito y Juan Carlos Gimeno no se limita a hacer un resumen más o menos interesante de monografías de mayor calado y profundidad sino que a partir de las mismas aporta una visión propia y personal de lo que fue la política colonizadora posterior a la guerra civil. Evidentemente, ello se debe a que, como ya he señalado anteriormente, no son unos recién llegados en la materia.

Si por algo se caracteriza esta obra es por un planteamiento claro y ordenado en el que los autores, conscientes de su labor de síntesis, se esfuerzan en mostrar con nitidez tanto los conceptos y fuentes fundamentales para entender la política colonizadora como los planteamientos metodológicos que constituyen la base del libro. Muestra de esta claridad expositiva es

su punto de partida, un análisis detallado, sin llegar a ser excesivamente complejo, del concepto de "colonización". A partir de ahí, sus autores emprenden un repaso de los antecedentes de la colonización franquista: desde las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena hasta la legislación agraria del periodo republicano. Sin embargo, en ningún momento el lector pierde de vista el auténtico tema argumental del texto, la colonización franquista, mostrándose la confluencia en la misma de los distintos planteamientos doctrinales preexistentes: colonización interior, política hidráulica y reforma agraria.

Como no podía ser de otro modo, la mayor parte de la obra se centra en el análisis del proceso de colonización durante el Franquismo. Su punto de partida es el repaso del contexto histórico posterior a la guerra civil, en el cual la colonización se convirtió en la alternativa de los vencedores a la tan denostada y repudiada reforma agraria republicana. Es en este contexto en el que surgirá el Instituto Nacional de Colonización (INC), auténtico instrumento de la colonización estatal, sobre el que se detallan tanto las fuentes ideológicas que lo orientaron como sus funciones.

Tras el análisis pormenorizado de las distintas etapas por la que transcurrió la política colonizadora franquista, en las que se pasó progresivamente de un modelo campesino de corte social y ruralista (1945-1962) a otro productivista de corte empresarial y econométrico (1962-1973), los autores centran su atención en los elementos básicos de planificación de la política de colonización y en las transformaciones propiciadas por dicho proceso. Así

ponen de manifiesto, tras presentar sus orientaciones básicas y sus instrumentos legales, las dificultades y experiencias del proceso colonizador en campos tan variados como el agronómico (las dificultades de la transformación al regadío o a la alteración de la estructura productiva), el demográfico (la creación y evolución de los nuevos poblados), el político (sus instituciones y organización) y el sociológico (grupos sociales y evolución del sentimiento comunitario). De esta manera los autores, tomando como base las experiencias y vivencias de los poblados de colonización trascienden el mero análisis de la legislación y los datos, de los que no se olvidan, sobre todo para el caso aragonés, para centrar su atención en su importancia para las zonas y comarcas afectadas. En sí, el objetivo de los autores, muy acorde con un enfoque sociológico, es rebasar el marco de la política nacional o regional para entrar en el de las vivencias locales y personales. Así se pone de manifiesto en el capítulo dedicado a recoger los testimonios orales de los colonos y técnicos que participaron en la colonización de las zonas regables aragonesas.

En el último capítulo, a modo de conclusión, los autores ensayan una evaluación de los resultados de la política colonizadora franquista, labor que reconocen que todavía está por hacer. Así, tras detallar sus luces y sombras, sus errores y permanencias, reconocen que todas sus realizaciones forman parte de nuestro patrimonio histórico y cultural y «constituyen una valiosa y rica experiencia en la historia de la teoría y práctica de la ordenación territorial en nuestro país» (p. 219). Está claro que a pesar de la especificidad nuestros problemas actuales, nunca

debemos olvidar, a riesgo de repetir viejos errores, volver la vista a las experiencias que nos ofrece el pasado.

Carlos Criado Manso

Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, 405 pp.

Ganador del XXXII Premio Anagrama de Ensayo con este libro, Jordi Gracia es profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y un conocido estudioso de la cultura durante la dictadura, gracias a sus anteriores libros *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo, 1940-1960* (1994); *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962* (1996) y, junto a Miguel A. Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana* (2001). En ellos ha demostrado ser un alumno aventajado de José Carlos Mainer, de quien ha tomado una amplitud metodológica y de lecturas, siempre entre la literatura y la historia, poco frecuente entre nosotros, así como dos ideas claves, alrededor de las cuales desarrolla un ambicioso trabajo de historia cultural.

La primera, considerar la guerra civil y la inmediata posguerra no, o al menos no sólo, como una cesura – literaria, artística, cultural– en el tiempo, como una ruptura neta con la tradición liberal, como una vuelta a empezar de cero, sino, al contrario, poner el acento en las continuidades, conscientes o no, porque en la historia de la cultura no existen los adanismos. Y la segunda,

conceder una particular importancia al lenguaje y al discurso, algo esperable por la formación filológica de Jordi Gracia que, además, converge con el famoso “giro lingüístico” de las ciencias sociales, aunque con un énfasis algo mayor que en su maestro, quizás debido al impacto de la lectura aún fresca de los diarios de Victor Klemplerer. Sobre ambas ideas se construye este ensayo que aprovecha a fondo, a veces incluso en exceso, las libertades de expresión y estructura características del género ensayístico, a partir de una elemental secuencia cronológica, para recoger la información de sus precedentes estudios académicos y ofrecernos una reflexión madura y a ratos apasionante.

El libro difícilmente podría empezar con una imagen más acertada: la del fascismo como enfermedad o virus que contagia a mentes tan brillantes como las de Ortega, Marañón, Pérez de Ayala y otros grandes pensadores liberales, algo que hoy puede parecer extraño, considerando la vulgaridad, ramplonería y cursilería del discurso fascista, pero que no fue ni mucho menos exclusivo de España, como demuestran los casos de Croce (durante un tiempo), Gentile, Heidegger, Jünger, Carl Schmitt y tantos otros. Porque detrás de esta colaboración en apariencia *contra natura* había todo un proyecto intelectual e ideológico, pero también de clase, el de hacer compatibles liberalismo y fascismo o, más bien, el de revisar el liberalismo abandonando sus tendencias democratizantes a favor de las más elitistas y autoritarias, para así defender el orden público y reorganizar la sociedad sobre bases orgánicas. Es decir, algo bastante diferente a la “tercera España” que muchos han querido ver en ellos. Mientras tanto, mentes menos brillantes

daban un retrato mucho más lúcido y preciso de lo que era en realidad el fascismo: «Dentro de su credo político-estético, la verdad no es necesaria; lo necesario es crear el mito. Y toda su obra última no tiende sino a eso» (*La Libertad*, 1925), afirmaba por entonces Juan Chabás, lector de español en Italia.

El autor recuerda que el distanciamiento de esos liberales respecto a la República era previo, el «no es esto, no es esto» orteguiano y que su colaboracionismo con los sublevados fue consciente y voluntario, aunque los hechos tardaran poco en convencerles de su equivocación (a Unamuno el primero, y más trágicamente). Desde esa constatación, su liberalismo sobrevivió sólo como nostalgia de tiempos mejores –incluida la “dictablanda” de Primo de Rivera, pues reconocía Marañón que «ahora nadie nos hará caso»– y como una “gestualidad” mínima y simbólica, para empezar porque ellos mismos llegaron a sentirse amenazados por la violencia antiintelectual franquista, falangista y nacionalcatólica. Aquí el ensayo disiente del “erial” descrito por Gregorio Morán, no obstante Jordi Gracia lo considere un ejercicio «necesario e higiénico», a favor de una mirada más subterránea y atenta a la continuidad.

El segundo gran tema del libro es el falangismo intelectual del grupo formado en torno a la revista *Escorial* y su presunto “falangismo liberal” que, siguiendo a Santos Juliá, el autor interpreta como una visión *a posteriori*, más o menos interesada, sobre su propio proyecto totalitario, pues «identificaron en el fondo de su misma fiebre el origen del arrepentimiento» (p. 14). Ese proyecto de los Ridruejo, Laín Entralgo, Tovar, Torrente Ballester, Rosales, Aranguren, García Serrano o Maravall

era el de una cultura “comprensiva” y de “alta manera” destinada a construir un Estado moderno, diverso del «mero y bruto nacionalcatolicismo» (p. 222), que según el modelo de Gentile en Italia integrara lo “bueno” –es decir, lo utilizable– de una tradición liberal nacional, identificada en particular con la generación del 98. En las muy acertadas frases de Jordi Gracia, por un lado necesitaban una «respetabilidad intelectual» en la continuidad de la tradición (p. 145), por otro «no fueron más que agentes de una cultura nueva y antiliberal de ruptura con el pasado. En una distancia más larga, sin embargo, y visto todo desde el transcurso de medio siglo, aquellos mismos fascistas de una nueva cultura fueron corresponsables, a medias entre la voluntad y la necesidad, de una continuidad liberal, repescada del pasado, en sus propios medios y para sus propios fines fascistas» (p. 218). Algunos como Ridruejo, el más tempranamente honesto, «a finales de los años cuarenta, perciben con titubeos que el callejón fascista no tiene salida; es evidente la pobreza intelectual de sus resultados y el puro fracaso de una nueva cultura más imaginada que real», pero pasará al menos una década hasta que el resto de sus camaradas empiecen «a dar indicios externos de cambios que han sido internos, mentales» (p. 219). Para entonces, «hacia los años cincuenta sólo les quedaba la expresión nostálgica del fascismo como empeño restaurador de un orden perdido, altoburgués y selecto, culto y aristocratizante, presumido y mediterraneísta, ático y romano: sueños que fueron expoliados a manos de la democracia plebeya primero, con la República, y traicionados después por la ramplonería cuartelera del propio régimen franquista» (p. 237).

De ahí surge el tercer gran tema-periodo del libro: la difícil reconstrucción del lenguaje, de su capacidad original para nombrar las cosas y representar la realidad, frente a la retórica fascista, al discurso adulterado y apodíctico de la posguerra, a las teorías estéticas sin obras y al “imperio de papel”, en afortunada expresión de Lorenzo Delgado. Fueron los jóvenes crecidos en el sueño falangista, como José María Valverde, Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Sacristán, José Ángel Valente, Pinilla de las Heras, José María Castellet o Julián Ayesta, que «no son actores ni responsables de una cultura fascista en marcha sino sujetos educados y socializados bajo un totalitarismo ideológico que construyeron sus padres y sus propios hermanos mayores» (p. 220), quienes van a liberarse de esa pesada servidumbre durante los años cincuenta a través de un proceso de maduración personal. Se trataba también de superar, en palabras de Miguel Sánchez Mazas en 1952, esa «España del orgullo y de la fanfarronería, de la violencia, del culto al temperamento y al folklore» (p. 319), lo mismo que llevaban intentado la mayor –y mejor– parte de los intelectuales desde hacía medio siglo por lo menos, sobre todo desde Cataluña (objeto de un apartado del libro). Gracias a ellos y a muchos otros, como los escritores de la denostada literatura social de esa década, «La resistencia había dejado de ser silenciosa» (p. 377) y «Las primerísimas luces llegaron puestas con la lengua sencilla y clara, ajena a los humos grandilocuentes o a la brillantina barata, una lengua que volvía a servir para pensar y escribir reflexivamente» (p. 388), paso previo necesario para la reconstrucción del lenguaje de la

democracia y el aprendizaje de la libertad.

Javier Muñoz Soro

Hugh Trevor-Roper (edición e introducción), *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2004, 604 pp.

En un ya muy lejano año de 1953 vio la luz en Inglaterra un libro crucial editado e introducido por el historiador Hugh Trevor-Roper bajo el sugerente título de *Hitler's Table Talk (Las conversaciones de sobremesa de Hitler)*. Este es el libro que, oportunamente y en su más actualizada y revisada edición (la del año 2000), ha sido ahora traducido y publicado en español con el título de *Las conversaciones privadas de Hitler*.

La edición original del libro de 1953 contenía, ni más ni menos, que el registro escrito de las opiniones sostenidas por el caudillo nazi en las tertulias mantenidas con sus amigos e invitados a la hora de comer y de cenar durante casi un año, entre julio de 1941 y septiembre de 1942, en su cuartel general en la Prusia Oriental (la llamada “Guarida del Lobo” o *Werwolf*). El responsable de la compilación fue Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Führer e influyente secretario político de Hitler tras la extraña huida de Rudolf Hess a Inglaterra en el verano de 1940. Bormann probablemente quiso emular a su huraño predecesor, responsable de la publicación en 1925 del libro *Mein Kampf (Mi lucha)*, una sedicente autobiografía de Hitler compuesta sobre la base de las notas

tomadas por Hess durante su compartido encarcelamiento en la cárcel de Landsberg, tras la fracasada intentona golpista en Múnich en el año 1923. El hecho es que Bormann consiguió de su reservado jefe el permiso oportuno para que un funcionario asistiera en silencio a las sesiones y tertulias y tomara acta taquigráfica de las conversaciones: primero el jurista Heinrich Heim y luego el doctor Henry Picker. El propio Bormann revisaba y depuraba el texto taquigráfico tomado para fijar su contenido exacto y evitar las contradicciones e incoherencias propias de una charla ordinaria. Del texto final se guardaban dos copias (una, de seguridad, se conservaba en la propia Cancillería bajo el cuidado de Bormann; la otra se remitía a los archivos centrales del Partido Nazi sitos en Múnich). El registro se mantuvo activo durante el periodo de máxima expansión y apogeo del poder nazi en Europa, con ocasión del inicio de la ofensiva contra la Unión Soviética. Y cesó abruptamente al cabo de un año, cuando las expectativas militares comenzaron a frustrarse y el espectro de la derrota empezó a cobrar forma en el horizonte.

Los dos textos resultantes de esas charlas de sobremesa privadas, unas 1.045 páginas mecanografiadas cada uno, sufrieron un destino muy diverso. La copia de archivo en Múnich fue destruida durante las campañas de bombardeo aéreo desatadas por los aliados contra la ciudad en los dos últimos años de la guerra, que tuvieron la fortuna de alcanzar directamente el *Führerbau* muniqués. Sin embargo, la copia de seguridad custodiada por Bormann consiguió salvarse porque su esposa logró huir en la primavera de 1945 hacia el Tirol meridional (entonces

austriaco y hoy italiano). Y fue allí, tras el desplome del Tercer Reich, donde la señora Bormann, gravemente enferma de un cáncer terminal, optó por entregar su tesoro escrito a un editor suizo nazi, François Genoud, que conservó el texto con tanta devoción inquebrantable como interés crematístico. Tras muchas vicisitudes (incluyendo un largo pleito legal en Alemania entre Genoud y uno de los funcionarios redactores del texto original, el doctor Picker, que había conservado notas propias y exigía derechos de autor), las “conversaciones” fueron finalmente traducidas y publicadas parcialmente en francés y en inglés entre los años 1952 y 1953. La edición en este último idioma estuvo a cargo del mencionado Trevor-Roper, ex oficial británico que había participado en la invasión y ocupación de Alemania y que, como historiador, había ganado sus laureles con la publicación pocos años antes del libro *The Last Days of Hitler* (*Los últimos días de Hitler*), un relato sobre la caída del Tercer Reich y el suicidio del Führer basado en los testimonios y la documentación incautada por los aliados tras la ocupación de Berlín.

El libro editado por Trevor-Roper (donde necesariamente los textos originales alemanes estaban traducidos al inglés) incluía su famosa introducción titulada “La mente de Hitler”, que ahora recoge la edición española con verdadero acierto. No en vano, se trata una de las más perspicaces semblanzas de la cosmovisión de este «hijo de un humilde funcionario austriaco, de escasa educación, neurótico» (página xiii), pero que llegó a concentrar el mayor poder y autoridad sobre Alemania y los alemanes jamás conocidos en su larga historia. Y tenía dos virtudes relevantes. La primera, el hecho de ser una de las

primeras interpretaciones sobre la cosmovisión de Hitler, sobre el conjunto de ideas, razones y juicios que le llevaron a actuar del modo y manera que lo hizo. La segunda, el hecho de subrayar que no eran las ideas de un loco, un fanático, un nihilista ilógico e irracional, sino de un «genio execrable» cuya ideología y práctica política reflejaban una «terrible cohesión» (pp. xviii y xxviii). Parafraseando al príncipe danés de Shakespeare, podría decirse que Trevor-Roper defendía que el nacionalsocialismo hitleriano era una “locura”, pero que “había lógica en esa locura”. Lo que contradecía, por aquella época, no pocas ideas e impresiones generalizadas sobre el recién caído caudillo de los alemanes.

Ciertamente, las conversaciones de sobremesa registradas por Bormann nos permiten vislumbrar las opiniones y juicios de Hitler sobre los más variados y diversos motivos y asuntos. Desde los temas más inocuos, triviales e intrascendentes hasta los más serios juicios estratégicos, cálculos políticos e inmovibles pensamientos racistas y antisemitas. Sobre los primeros aspectos, basta comprobar sus palabras sobre el papel social del cine, la eficacia de las autopistas, la superioridad de la dieta vegetariana o la crueldad de la caza animal. A este respecto, no deja de sorprender la abierta hostilidad de Hitler a la caza por principios “morales” de respeto a la vida animal. Así lo dejó ver en su dura diatriba contra el general Wolff, cazador de liebres y su invitado a almorzar el 30 de octubre de 1941:

«¿Y usted cree que para tonificarse es indispensable matar liebres y faisanes? El gozo de matar une a los hombres. Felizmente, no entendemos el lenguaje de las liebres. Tal

vez se expresaban así hablando de ustedes: “¡Era incapaz de correr, ese gran cerdo!”. ¿Qué pensará de todo esto una vieja liebre con una experiencia de toda la vida? Entre las liebres debe de producirse un gran júbilo cuando se percatan de que un ojeador ha recibido un balazo» (p. 80)

Con igual seguridad tajante, pero con mayor suavidad de forma, se expresaba al tratar de la situación de la mujer y de su función en la patria regenerada biológicamente bajo su mandato. Así lo dejó claro en tres momentos distintos del año 1942, en sendas exposiciones de apenas velada misoginia:

«Me dan horror las mujeres que se meten en política [...] Las mujeres tienen el talento, desconocido en los hombres, de saber dar un beso a una amiga hundiéndole al mismo tiempo en el corazón un estilete bien afilado. Querer cambiar a las mujeres, en este punto, sería candoroso [...] El universo del hombre es vasto, comparado con el de la mujer. El hombre se concentra en sus ideas, en sus ocupaciones. Sólo incidentalmente dedica todo su pensamiento a una mujer. Por el contrario, el universo de la mujer es el hombre. Se puede decir que no ve más que a él, por eso es capaz de amar tan profundamente. La inteligencia no es en la mujer una cosa esencial» (pp. 200, 277 y 283)

Si en estos aspectos banales las conversaciones son una mina de anécdotas informativas (con todo su poder iluminador sobre la mente del autor), en las temáticas más serias y transcendentales son un documento

histórico de excepcional importancia y originalidad. Basta comprobar, por ejemplo, la delirante opinión del Führer sobre el cristianismo como germen del bolchevismo:

«Estoy seguro de que Nerón nunca incendió Roma. Fueron los cristiano-bolcheviques quienes lo hicieron, del mismo modo que la Comuna incendió París en 1871 y los comunistas pegaron fuego al Reichstag en 1933» (25-X-1941, p. 71)

«Jesucristo era ario y san Pablo se sirvió de su doctrina para movilizar el inframundo del delito y organizar un protobolchevismo» (13-XII-1941, p. 115)

El mismo grado de fanatismo delirante reflejan sus reiteradas amonestaciones antijudías, hechas en el mismo momento en que estaba en marcha el Holocausto, el mayor genocidio conocido en la historia universal:

«El judío debe desaparecer de Europa... Cuando se trata de judíos, ignoro todo sentimiento de piedad. Serán siempre el fermento que incita a los pueblos a luchar unos contra otros [...] Es completamente lógico que nos ocupemos de esta cuestión en un plano general europeo. En efecto, no basta con echar a los judíos de Alemania. No podemos admitir que conserven posiciones de repliegue en nuestras propias puertas. Queremos hallarnos al abrigo de toda infiltración» (27-I-1942, p. 206)

Ese trato despiadado, con voluntad de exterminación y falta de todo

rastró humanitario de piedad ante el mal ajeno, no estaba reservado al “virus judío”, con ser éste su objetivo prioritario y recurrente: «Sólo recuperaremos la salud eliminando al judío» (22-II-1942, p. 261). A tono con las ideas social-darwinistas abrigadas por Hitler («El más fuerte se impone: es la ley de la naturaleza», 23-IX-1941, p. 30), también sería aplicable a los restantes pueblos subhumanos que habitaban las amplias y fértiles llanuras del Este de Europa, destinadas a ser repobladas por señores arios que gobernarían sobre una masa eslava esclavizada. Una concepción y propósito, por cierto, compartidos por el alto mando militar alemán y no sólo por la élite política nazificada:

«Es preciso partir de la idea de que esos pueblos no tienen otro deber que servirnos en el plano económico» (11-IV-1942, p. 336)

«Hemos de tomar las disposiciones necesarias para evitar que se multipliquen en esas regiones la población no alemana. Sería una verdadera locura querer crear en estas regiones servicios sanitarios para uso de los indígenas según el modelo alemán. Por lo tanto, nada de vacunaciones ni de otras medidas preventivas para ellos [...] Jodl (el general Alfred Jodl, Jefe del Estado Mayor del Ejército) tiene razón al creer superfluos esos carteles en lengua ucraniana diciendo que es peligroso atravesar la vía del tren. ¡Que un indígena más o menos se deje aplastar por el tren, qué nos importa a nosotros!» (22-VII-1943, p. 470)

Para el lector español de esta obra, no dejan de tener particular interés

las opiniones abrigadas por Hitler sobre el general Franco con ocasión de su crucial y único encuentro personal en Hendaya el 23 de octubre de 1940: «no es un héroe, sino alguien insignificante» (7-VII-1942, p. 454). Ni tampoco deja de ser interesante el juicio del Führer sobre el efecto determinante de la ayuda alemana a su homólogo español contemporáneo durante la guerra civil:

«Si en 1936 no hubiera decidido enviarle nuestro primer avión Junker, Franco nunca hubiera sobrevivido» (1-VIII-1942, p. 485)
 «Franco tiene que levantar un monumento a la gloria del Junker 52. A este avión es a quien tiene que agradecer su victoria la revolución española» (3-IX-1942, p. 551)

En definitiva, este Hitler de sobremesa constituye una obra de lectura indispensable para los interesados en ese misterio insondable que es el ejercicio del poder carismático imperante en el Tercer Reich. También es una fuente histórica irremplazable para comprender el pensamiento y la conducta del que llegó a ser caudillo omnipotente de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

Enrique Moradiellos

Enric Ucelay D'Acal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de

Barcelona, Enric Ucelay D'Acal es autor de diversas obras dedicadas al nacionalismo catalán, como *Estat Català, La Catalunya populista* o *Macià i el seu temps*. Se trata de una figura excepcional en el contexto de una historiografía, la catalana, lastrada por prejuicios nacionalistas y, por lo tanto, escasamente creativa.

En esta obra monumental no sólo por su tamaño, más de mil páginas, sino también por la documentación en la que se basa, el autor estudia los orígenes del catalanismo y la propia evolución del nacionalismo español, en su relación con áquel. La tesis de Ucelay es que el nacionalismo catalán no se explica simplemente por su desarrollo en Cataluña, sino en referencia al conjunto español. A diferencia del nacionalismo vasco, atrozmente palurdo, que se formula “contra” España, el catalanismo, mucho más elaborado intelectualmente, se presenta como un proyecto de reorganización de España. De ahí que, según el autor, el nacionalismo catalán tenga posteriormente una influencia importante en sectores de la derecha española y en el nacionalismo español. Esta reorganización del territorio español cristalizaría, a juicio de los catalanistas, en una determinada idea política: el “imperio”, como salida política a las contradicciones nacionalistas de España.

Frente a la “vulgata” oficial, Ucelay estima que la ideología “imperialista catalana”, formulada primeramente por Enric Prat de la Riba, no fue un aspecto menor, sino central en el proyecto catalanista. Además, frente al marxismo, influyente todavía en un sector importante de la historiografía catalana, estima que el concepto de “burguesía catalana” apenas resulta

operativo a la hora de estudiar el tema nacionalista. A su juicio, la trayectoria del catalanismo y de la ideología “imperialista” no puede explicarse «en función de la busca de mercados de exportación por una avariciosa burguesía llena de ínfulas expansionistas, porque tal cosa nunca existió». Su enfoque es el de la historia de las ideas políticas en el sentido pocockiano, es decir, en su relación con el contexto social y cultural.

El autor dedica varias páginas a dilucidar el significado del concepto “imperio”, a lo largo de la historia; y cree que sólo llegó a su verdadera plenitud en la época napoleónica, «como reunión de gentes diversas pero una fuerte unipolaridad interna, en competición a escala mundial, con entidades parecidas». A la altura de 1876, el término “imperialismo” significó «el nuevo dominio de los europeos sobre poblaciones de color en lejanos y tórridos trópicos».

Hasta 1898 España fue, para Ucelay, un “imperio”: el centralismo liberal fue más formal que real; en el fondo, era «un Reino de reinos». Además, el centralismo liberal fue muy contestado, desde diversos puntos de vista, a derecha e izquierda, por carlistas, krausistas y federalistas. La guerra de Cuba y la posterior derrota ante EEUU iba a configurar, finalmente, las alternativas nacionalistas vasca, gallega y catalana. Y es que para los contemporáneos eran evidentes las analogías entre las actitudes ideológicas en la península y las luchas insulares. La respuesta más coherente fue la de los nacionalistas catalanes. Ucelay estudia, en un primer momento, el desarrollo de la doctrina nacionalista desde las aportaciones de Valentí Almirall hasta Prat de la Riba. En general, los

catalanistas partieron de la teorización del “hecho diferencial” a partir de la excepcionalidad cultural y política catalana, la singularidad de su industria, el hecho metropolitano de Barcelona, «única rival urbana de la capitalidad del Estado, en la trama distintiva de una sociedad civil caracterizada por el vínculo entre producción, comercio y ciudad en Cataluña»; y, sobre todo, en la lengua.

Este discurso ha tenido diversas consecuencias, a nivel nacional español. En primer lugar, que cualquier intento de racionalización burocrática por parte del Estado haya sido vista en Cataluña como «una agresión»; y que, en Cataluña, se desarrollase «una cultura desequilibrada, por defensiva», es decir, que «el medio catalán sea, aún hoy, profundamente solipsista y muy sensible, dado a responder minuciosamente a cualquier desprecio ‘castellano’ con la insistencia airada en la propia valía colectiva, pero, a la vez, presto a replicar con escepticismo automático ante las pretensiones de prestigio nacional habituales en la expresión retórica española». A ese respecto, Ucelay es muy crítico igualmente con los inventores de una pretendida tradición “austracista” catalana, defendida, entre otros, por Ernest Lluch. Para el autor, no queda nada claro que la perspectiva de «una Monarquía tradicional regida por consejos y con fueros, no centralista, fuera tan específicamente catalana y no además parte y reflejo de un ‘Partido Castizo’, que, dentro de España y con capacidad de legar de la aristocracia al pueblo llano, pudo hostigar a los gobiernos reales desde la crisis de reinado de 1724 en adelante...»; y duda, además, de que tales instituciones pudieran haber evolucionado espontá-

neamente hacia el liberalismo y el régimen parlamentario. En realidad, el catalanismo surge, como proyecto político, en los años ochenta del siglo XIX como respuesta a los proyectos de reordenación de la administración local propuestos por las elites políticas de la Restauración.

Frente a ello, Valentí Almirall reivindicó la lengua catalana y el *self-government* característico, según él, de la sociedad catalana. Pero, según Ucelay, su proyecto político fue enormemente ambiguo, al pretender conjugar tradiciones ideológicas diversas como las republicanas y democráticas, de un lado, y las de la monarquía dual de los Habsburgo, de otro. Incluso le acusa de contener en su seno claros elementos racistas. Para Ucelay, el auténtico creador del catalanismo fue Prat de la Riba, cuya originalidad como pensador juzga, por otra parte, «muy relativa». En opinión de Prat, Cataluña era indiscutiblemente una nación, y España tan sólo un Estado. La solución al problema catalán era el nacionalismo dentro del Estado, lo que llevaba a la fórmula imperial, «forma superior de Estado y, a la vez, Nación de naciones». No obstante, Prat, siguiendo a Joseph de Maistre, expurgó la idea de nación de todo elemento liberal, en un sentido claramente organicista. El *self-government* se convirtió más que nada en una manera de ser y de vivir, avanzada en contraste con una España supuestamente empeñada en pretensiones señoriales e hidalgas. Prat fue, además, un pensador ecléctico, que supo combinar ideologías y proyectos políticos tan opuestos como el federalismo y el foralismo carlista, pero renunciando a su carácter cesaropapista, es decir, a la unión del Trono y del Altar. En ese último aspecto, se opuso al

obispo Torras y Bages, partidario de una restauración católica sin fisuras. Y es que, para Prat, la nación es una entidad neutral, que ha de integrar en su seno tanto a católicos como a no católicos.

Sin embargo, Ucelay juzga que el concepto pratiano de «unidad cultural» era muy endeble, «ya que Cataluña era, en realidad, un país muy dividido y seguiría siéndolo». De ahí los intentos por parte de los catalanistas, sobre todo a partir de la constitución de la Mancomunidad, de construir una identidad específica desde las instituciones. A ese respecto, en el catalanismo fue muy importante la función del intelectual, cuyo *rol* social fue importado desde Francia a España, a través de Cataluña, sobre todo en Barcelona. La estrategia política de Prat fue bifronte. Por una parte, afirmación nacional catalana; por otra, “regeneración” de España, «desde la base, desde las ciudades y su tejido social, en función de la renovación desde la variedad de realidades identitarias, tanto nacionalitarias como regionales, que componían el Estado español». La clave es que Cataluña tuviera un Estado dentro de un “imperio” hispánico, en el cual pudiera ejercer una función rectora. Con respecto a la monarquía, se mostró deliberadamente ambiguo, ya que el “imperio” podía ser una unión o federación coronada, o una república federal expansiva, como los EEUU. Pero, en el fondo, Prat era partidario de la conciliación con la Corona española, pero no en una concepción estrictamente monárquica, sino macronomárquica o “imperial”, como lo demostraba la ambición de incorporar a Portugal. Y es que el “imperio” pratiano podía tener dos lecturas: un espacio lingüístico y cultural específicamente catalán; o una

invitación a reconstruir el perdido Imperio español, a través de una España multiforme.

¿Fue el catalanismo un movimiento político de carácter racista, como el nacionalismo vasco?. Ucelay trata el tema a través de la personalidad y la obra del doctor Robert, Pompeyo Gener y el izquierdista Rossell y Vilar, en cuyos escritos es palpable un racismo de raíz biológica. No obstante, estima que la mentalidad catalanista se mantuvo «resueltamente culturalista, con una legitimación sociológica y no biológica». Sin embargo, reconoce que hubo tentaciones en ese sentido, más presentes en la izquierda catalanista que en la derecha, porque ésta última se encontraba «enganchada a los criterios dogmáticos católicos». A ese respecto, Ucelay se ocupa de la influencia de la derecha francesa en el catalanismo. A su juicio, y siguiendo a Zeev Sternhell, cree que el nacionalismo catalán fue «la primera formación hispana que efectivamente consiguió la síntesis *ni droite ni gauche* que transformó la política europea del siglo XX y daría paso a iniciativas diversas en la política de masas tras 1919». Prat y los catalanistas bebieron en las fuentes de Victor Bérard, Hipolito Taine, Eduard Drumont, etc., pero también estuvieron presentes en sus escritos las huellas de autores anglosajones y protestantes, como Thomas Carlyle, Emerson, Theodore Roosevelt o William James. Ucelay pasa igualmente revista a las respuestas españolas a la pretendida superioridad catalana, protagonizadas por figuras como Romero Robledo, Giménez Valdivieso, Vicente Gay, Silvela, Manuel Bueno, Royo Villanova, etc.

Junto a Prat, las dos figuras más emblemáticas del catalanismo fueron

Francesc Cambó y Eugenio D'Ors. Cambó fue uno de los primeros catalanistas en asumir la idea de “imperio”; y se adjudicó el *rol* de la proyección hispánica del catalanismo. Su tarea fue la negociación de los objetivos catalanistas en la política española. Su punto de partida ideológico era el nacionalismo francés, con Taine, Le Play, Fustel de Coulanges, Barrès y Maurras, influencias a las que tampoco escapó Prat. La influencia de Barrès fue mucho mayor en Cambó que la de Maurras, cuya difusión en España, según Ucelay, se vió bloqueada por la presencia del tradicionalismo de raíz carlista de Juan Vázquez de Mella. A diferencia de Prat, Cambó dió más importancia a la política española que a la local catalana, como se demostró en sus célebres campañas políticas por la “España Grande” o en su libro *Por la concordia*. Pero el catalanismo chocó con la propia realidad de Cataluña, que contrastaba palmariamente con su visión armnicista de la sociedad. Ello se puso de manifiesto, sobre todo, con los graves sucesos de la Semana Trágica de 1909, que hundieron «la imagen de modernización controlada y de superioridad catalana que la Lliga había cultivado con tanta efectividad».

Por su parte, Eugenio D'Ors se erigió en filósofo del catalanismo, a través del movimiento intelectual “noucentista”, convirtiéndose en «el representante de la fusión de país y administración». Su estética clasicista, clave de todo el proyecto político *noucentista*, significaba la ambición de ejercer «*en funció d'estat*», en un ámbito regional, más allá de la capitalidad barcelonesa. En el fondo, fue el sucesor de Prat, el verdadero “intelectual orgánico” del catalanismo, y dió nuevos contenidos a la idea

imperial. A diferencia de Cambó, D'Ors estuvo más influido por Maurras, sobre todo en sus ideas estéticas. Pero también recurrió a fuentes germánicas, como Nietzsche, o anglosajonas, como Wilde o Roosevelt; también izquierdistas, como Sorel. Para D'Ors, el "imperio" era «un estadio de civilización superior». Pero D'Ors fue un intelectual carente de base política y cuya influencia dependía, en última instancia, de Prat; y a la muerte de éste en 1917 cayó en desgracia, teniendo que abandonar Cataluña, instalándose en Madrid, y convirtiéndose en uno de los portaestandartes del nuevo nacionalismo español. A ese respecto, el autor analiza también algunas de las alternativas del nacionalismo español en esta época: panhispanismo, africanismo, iberismo, mediterraneísmo, etc. Y estima que el ideal imperialista estuvo vigente hasta la edificación del régimen franquista, transplantado desde Cataluña al resto de España. En ese sentido, el papel de D'Ors fue esencial. Su influencia se extendió desde la llamada "Escuela Romana del Pirineo", con Mourlane Michelena, Sánchez Mazas, etc, hasta los fascistas españoles Ramiro Ledesma Ramos, Ernesto Giménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera. Se trataba de un nuevo nacionalismo imperialista superador, a través de la expansión territorial, de la lucha de clases.

El libro de Enric Ucelay es, sin duda, una pieza básica, esencial, en la bibliografía, ya de por sí extensa, sobre el catalanismo, e incluso sobre el nacionalismo español contemporáneo. Es una obra brillante, eruditísima, montada sobre un impresionante acopio de fuentes bibliográficas. Extremadamente rigurosa. El análisis de los datos es minucioso y en no pocos casos

reiterativo. El autor se esfuerza por conseguir la objetividad y ha logrado una obra en gran medida desapasionada, pero no por ello aséptica, que no rehúye la función judicativa de las conductas y de las doctrinas. Ucelay no duda en muchas ocasiones en someter a crítica los fundamentos ideológicos del nacionalismo catalán, en particular su axial tópico de la "unidad cultural" catalana. Es más: pone de manifiesto alguno de sus puntos más oscuros, casi deliberadamente escondido por los actuales exégetas y apologetas del catalanismo, como es el tema "imperial" que, como el autor demuestra, no fue un aspecto menor o adventicio, sino central en la trayectoria ideológica de éste. Algo que había analizado Jordi Solé Tura, aunque con menor exhaustividad y rigor, en su conocido libro *Catalanismo y revolución burguesa*, cuya tesis venía lastrada por los prejuicios característicos del marxismo, que identificaba catalanismo y burguesía industrial sin demasiadas matizaciones y de forma harto mecanicista, una interpretación que Ucelay critica y descarta elocuentemente.

El contenido de *El imperio catalán*, contrasta igualmente con otros estudios recientes, como los desarrollados por el historiador Vicente Cacho Viu, en los que se defiende que D'Ors fue el único intelectual imperialista y maurrasiano dentro de la *Lliga*, así como el carácter liberal y modernizador del nacionalismo catalán frente a lo que él llamaba «paleonacionalismo español». En contraste, Ucelay viene a demostrar algo que sospechábamos desde hace tiempo, y es que el nacionalismo catalán fue, en gran medida, la primera manifestación de la derecha radical en el suelo hispano, para

influir luego, sobre todo a través de la figura de Eugenio D'Ors, en importantes sectores de la derecha española. Al fin y al cabo, fue Cataluña la pionera en la recepción del nacionalismo integral francés. Incluso pudo haber sido, como ya señaló el embajador italiano Raffaele Guariglia en sus informes a Mussolini, la región donde se daban las condiciones para la emergencia del fascismo español. En el fondo, esta obra podía haberse titulado, desde la perspectiva de su autor, *Los orígenes catalanes del fascismo español*. Y es que entre el nacionalismo catalán y lo que luego sería el fascismo se daban importantes analogías: corporativismo, nacionalismo, imperialismo, clasicismo estético, etc. En ese aspecto, la importancia de D'Ors y del movimiento *Noucentisme* es esencial.

Discrepo, en cambio, con el autor en las razones que alega para explicar la escasa difusión del ideario maurrasiano en el resto de España. A mi modo de ver, ello no fue consecuencia únicamente a la presencia del carlismo y al ideario de Vázquez de Mella, cuyo proyecto político se asemejaba en más de un punto al del líder de *L'Action Française*. Vázquez de Mella era ante todo un retórico, un orador, y no un pensador sistemático. Fue incapaz de dar forma coherente a su ideología, ni tan siquiera pudo terminar su discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua. Incluso en los sectores mellistas hubo voces, como la de Salvador Minguijón, que se mostraban partidarios de la creación de una revista intelectual semejante a *L'Action Française*, para remediar los fallos del carlismo en materia intelectual. Y es que las razones son más profundas. En primer lugar, la propia inercia política e intelectual del conservadurismo español

de la época. Y, en segundo lugar, la influencia del catolicismo. Maurras, como es de sobra sabido, no era creyente, sino positivista, agnóstico, anticristiano y maquiavélico, su "catolicismo" se nutría de razón de Estado, mientras que la derecha española carecía de tradición positivista, científicista. En esto la derecha catalana, como muestra Ucelay, fue una excepción, al lograr Prat de la Riba la neutralización política de los católicos, a la hora de garantizar la aconfesionalidad de su movimiento político. De todos modos, la influencia de Maurras fue importante en el maurismo.

Una de las preguntas que suscita el libro de Ucelay es si era posible llevar a la práctica el proyecto de una Cataluña rectora en el seno de un Imperio hispánico. En mi opinión, no. En parte, por la propia debilidad política de Cataluña en el conjunto español; en parte también por la propia división de la sociedad catalana y, en fin, por los celos que suscitaba el "imperialismo" catalán en el resto de los pueblos de España, sobre todo por el desdén con que las elites catalanistas interpretaban la realidad española. Como señalaría a la altura de 1903 el joven Ramiro de Maeztu, el catalanismo podía ser, sin duda, una fuerza modernizadora de la sociedad española; pero, a su juicio, había cometido el error de proclamarse portavoz de «individuos de una raza superior», lo que contribuía a levantar «una barrera a las demás comarcas». Puede que, como señala Ucelay, el catalanismo, pese a la presencia del doctor Robert o de Pompeyo Gener, no fuese un movimiento racista, pero de lo que no hay duda es de que ciertas expresiones e ideas delataban un sentido de superioridad con relación al conjunto de los españoles.

A ese respecto, es interesante el capítulo que Ucelay dedica a las respuestas “españolistas” a los supuestos del nacionalismo catalán, pero creo que los autores elegidos no se cuentan entre los más significativos. Hubiera sido más interesante, a mi modo de ver, el estudio de otros autores como César Silió, Ramiro de Maeztu o Víctor Pradera (por cierto, este último aparece en el libro como Javier Pradera, una errata que habrá de corregirse en ulteriores ediciones). El caso de Pradera quizá sea, en ese sentido, el más interesante, porque no sólo polemizó con Cambó, cuando éste viajó al País Vasco para promocionar su alternativa con ayuda de los nacionalistas vascos, sino que teorizó su proyecto político en abierta polémica con el catalanismo, aunque en ese proyecto se deslizaran algunas semejanzas con éste. Desde su perspectiva organicista, Pradera veía también a España como un “imperio”, es decir, una unidad política superior compuesta por regiones autárquicas, o lo que es lo mismo, una federación de regiones en la que el soberano, o sea el rey, comparte con ellas la soberanía. Desde tal óptica, ni Cataluña ni el País Vasco podían ser considerados como naciones, sino como “sociedades menores” dentro de la unidad superior española. La originalidad de la crítica del maurista César Silió radica en su utilización de los supuestos de la sociología de Gabriel Tarde, a la hora de explicar la aparición de los nacionalismos periféricos. El binomio invención-imitación era la base de tal explicación: toda sociedad vive en un estado permanente de imitación, que es un estado no racional, el elemento realmente importante corresponde a las minorías rectoras. Pero el “centro” era incapaz de ejercer la necesaria

ejemplaridad sobre el conjunto nacional. Para Maeztu la función de catalanes y vascos no era crear nuevas naciones, sino contribuir al desarrollo material y político de la nación española. En algún momento, manifestó su admiración por el nacionalismo catalán, en el que, como hemos señalado, vió una fuerza modernizadora e igualmente alabó su capacidad para organizar a los intelectuales. A pesar de ello, en el fondo, siempre lo interpretó como un movimiento particularista, que contribuía a bloquear el desarrollo político y social español. Destaca además en el movimiento catalanista, aunque no en el D’Ors disidente, el desinterés por el movimiento europeísta.

Echo de menos igualmente alguna referencia a la figura de Eduardo Aunós, antiguo militante de la *Lliga* y luego ministro de Primo de Rivera y de Franco. Se trata, a mi modo de ver, de una figura que sirve de engarce entre la derecha catalana y la derecha antiliberal española. Admirador de D’Ors, Aunós, en obras juveniles como *El libro del mal estudiante*, *Cartas a un Príncipe* y *Problemas de España*, desarrolló el proyecto de un régimen corporativo, antiliberal y expansionista, que debe mucho a Prat, Cambó –de quien fue secretario– y D’Ors.

Excesivamente lineal me parece, por otra parte, la continuidad que el autor establece entre el proyecto imperial catalán de Prat-Cambó-D’Ors, el falangismo y luego el régimen de Franco. En primer lugar, creo que esta influencia fue, ante todo y sobre todo, d’orsiana. Además, hay que señalar que D’Ors nunca llegó a ser un fascista *sensu strictu*. Su estadista favorito no fue Mussolini, ni mucho menos Hitler, sino Oliveira Salazar, a quien alabó sobre todo por su alergia a la política de

masas y al populismo. De los líderes e intelectuales falangistas el más influido por el filósofo catalán fue, sin duda, José Antonio Primo de Rivera, lo que resulta patente en su insistencia en los valores clásicos, en la jerarquía, en su concepción imperial y del hecho nacional. Distinta fue la posición de Ledesma Ramos, que nunca perdonó a D'Ors que se negase a colaborar en *La Conquista del Estado* y que no dudó en acusarle públicamente de «deshonestidad intelectual». En cuanto a su concepción del Imperio, ésta hacía referencia a la expansión territorial por el norte de África y la reconquista de Gibraltar. La organización territorial propugnada por Ledesma debía mucho más a la preconizada por Ortega en *La redención de las provincias* que al catalanismo. Con respecto a Giménez Caballero, creo que el autor enfatiza en exceso su influencia política e ideológica.

A estas pocas objeciones a la monumental obra de Enric Ucelay añadiría otra. Y es que en su mayor virtud —es decir, en el deslumbrante rigor exhaustivo documental— se encuentra su mayor “defecto”, porque un volumen de este tamaño precisaría bien unas conclusiones sintetizadas al máximo, o bien una versión abreviada del libro a fin de hacerlo llegar a un público mucho más amplio.

Pedro Carlos González Cuevas

Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003, 392 pp.

De la ya numerosa bibliografía existente sobre la Transición, este libro tiene un especial interés, no sólo por el profundo análisis histórico y la necesaria distancia con que se abordan los acontecimientos, sino, sobre todo, por la muy completa utilización de fuentes de archivo y de documentos hasta ahora inéditos que hacen de este trabajo un auténtico libro de historia. Los autores tratan de reconstruir los dos años y medio en que Carlos Arias Navarro estuvo al frente del último gobierno de Franco y del primero del rey, pero no desde un punto biográfico, a pesar de haber utilizado los papeles privados del que fue presidente del gobierno, sino desde una perspectiva mucho más amplia: la de un complicado proceso de cambio político que tiene sus raíces en los últimos años del franquismo. Porque «nada se entiende de la Transición si se parte tan sólo de la muerte de Franco. Todavía menos si se despacha lo sucedido con una simple enumeración de los cambios sociales previos o con unas generalidades acerca del agotamiento del sistema político. Resulta inevitable explicar el cómo y el porqué del proceso político de aquellos años y encontrar sus claves fundamentales», y eso es precisamente lo que han hecho Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano con la maestría de dos consumados historiadores.

Una de las cuestiones más interesantes que se abordan en este libro es la que se refiere a las relaciones entre la Iglesia y el régimen. Los autores analizan con profundidad las claves que hicieron posible que una institución como la Iglesia, que había sido un apoyo esencial en el triunfo franquista y en la consolidación del Nuevo Estado, a comienzos de la década de los años setenta —la fecha clave la sitúan en el

año 1971 con la declaración de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes— comenzara claramente a desvincularse del poder y cómo la mayoría de la jerarquía eclesiástica —los dos tercios del episcopado calculan los autores— fueron adoptando cada vez posiciones más críticas frente al régimen. También está presente en esta obra la protesta política y social, la cuestión militar y el fracaso de la vía continuista que supuso la Ley de Asociaciones.

Arias Navarro aparece en este libro como un político oscuro, gris, dogmático y sin capacidad para percibir la realidad. La mayoría de los políticos que estuvieron a su lado nos lo presentan en sus memorias como «un extraño personaje», una especie de «acomplejado psicológico» y sólo Ossorio, Garrigues y Martín Villa se muestran algo menos cáusticos con su persona. Los autores se acercan a la figura de Arias Navarro sin prejuicios, de manera objetiva y ponderada: «Contrariamente a la imagen que de él se suele ofrecer —escriben— Arias Navarro no se situaba en la extrema derecha del régimen franquista, sino que siempre osciló entre ella y una actitud mucho más aperturista, de la que fue expresión el discurso del 12 de febrero». Y frente a quienes lo tildan de «zafio patán», ignorante de todo, afirman que «era buen orador de gesto y de palabra para lo que estilaba en la época [...] fue un gestor activo y su biblioteca revela una cultura extensa y no sólo jurídica». Aunque a lo largo del texto se pueda percibir que Arias Navarro es tratado con una cierta benevolencia, presentándolo como un sincero aperturista, el juicio que finalmente merece su actuación política, sobre todo durante el tiempo en que estuvo al frente

del primer gobierno de la monarquía, es claramente negativo. Es precisamente durante estos meses — desde diciembre de 1975 a julio de 1976— cuando Arias Navarro mostró más claramente su incapacidad como rector de un gobierno poco homogéneo que en vez de impulsar el proceso de apertura y liberalización se encastilló en posiciones claramente continuistas, con permanentes alusiones al legado de Franco, y que además no sintonizó en absoluto con el rey.

Las difíciles relaciones entre Juan Carlos y Arias Navarro, que son analizadas con gran detenimiento en este libro, se pusieron de manifiesto en el mismo momento de la configuración del gobierno y fueron empeorando progresivamente hasta que el rey decidió forzar su dimisión en julio de 1976 y elegir como sucesor a Adolfo Suárez, una especie de “tapado”, que no se había destacado especialmente por su aperturismo cuando fue ministro secretario general del Movimiento. Aunque parece comprensible que, en diciembre de 1975, Juan Carlos no se atreviera a prescindir de Arias y que incluso le interesara que continuara al frente del gobierno para que impulsara la sustitución de Rodríguez de Valcárcel por Torcuato Fernández Miranda en la presidencia de las Cortes, no se entiende muy bien que, conseguidos estos objetivos y tras los continuos desatinos del gobierno a lo largo de los seis primeros meses de 1976, el rey no se hubiera decidido antes por nombrar otro presidente, sabiendo que se estaba jugando la corona y el porvenir colectivo.

El panorama político durante estos meses era francamente desolador para un gobierno cuya única actividad era intentar sacar adelante un confuso

proyecto reformista, «cuya única finalidad –en palabras de Fraga, autor en lo esencial de dicho proyecto– era buscar la continuidad del franquismo como un medio de permanencia de la clase política activa durante el régimen». Lo importante era seguir manteniendo el poder y para ello había que controlar el proceso de reforma, cambiar lo menos posible, evitar que comunistas y separatistas pudieran ser legalizados y dar cabida en todo caso a las fuerzas socialdemócratas, pero teniendo siempre la garantía – según expresión de Fraga– de que «no habrá nunca riesgo de que las izquierdas manden en España con este reforma».

Pero ni siquiera esta tímida reforma logró salir adelante, tropezando con la inoperancia de una Comisión Mixta Gobierno–Consejo Nacional, que tras numerosas reuniones no resolvió nada. Todo esto en medio de una profunda crisis política, reconocida por el propio Arias, que tras los sucesos de Vitoria, mostraba a sus ministros un panorama desolador en el que «la universidad está sublevada, nadie apoya al Gobierno, la prensa está enfrente sin excepción; hay una conspiración militar larvada que frena las reformas [...] se anuncia un nuevo gironazo [...] hay un sentir unánime del la clase obrera hostil al gobierno». Mientras tanto, en palabras de Areilza, «el gobierno está prisionero del búnker y de los Servicios de Información [...] y aquí no hay posibilidad, ni propósitos ni deseos de dialogar con nadie. El franquismo sin Franco –que era su moderador– se prepara otra vez a gobernar con los peores métodos de su larga y triste historia».

José María Marín Arce

Ángeles Egido y Matilde Eiroa (eds.), *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*, Madrid, Centro de Investigación y Estudios republicanos, 2004, 463 pp.

Desde hace tiempo hay una mayor aceptación en reconocer que los valores republicanos tienen, hoy en día, una vigencia clara en todo el mundo occidental. Ideales como la libertad, la igualdad o la solidaridad se consideran pilares irremplazables de nuestra sociedad democrática. En el mismo sentido, el reconocimiento del legado que la República, o mejor dicho el republicanismo, ha aportado a la sociedad española actual es cada día más apreciado por amplios sectores de la ciudadanía. Esta circunstancia no ha sido una tarea fácil para un país como el nuestro que tuvo que soportar, durante casi cuarenta años, la identificación del republicanismo como uno de los principales culpables del “caos” reinante durante los cortos periodos republicanos en los siglos XIX y XX y que, además, fue el preámbulo de una cruenta guerra civil.

El libro editado por Ángeles Egido y Matilde Eiroa va más allá de lo que su título indica, y da un paso importante en la revisión de la historia del republicanismo español. Una revisión que contribuirá a borrar el estigma que todavía pesa sobre el régimen republicano en España, y que reivindica su importante papel en la modernización de nuestra sociedad.

Para la realización del libro, las editoras han contado con la colaboración de importantes expertos en cada una de las cuatro partes en las que se articula la monografía. En la primera

de ellas, que lleva el título de *La tradición republicana*, se hace un repaso a la evolución de los republicanos desde el siglo XIX hasta el fin de la guerra civil. Esta primera parte se inicia con dos artículos relevantes. El primero, de Juan Sisinio Pérez, precisamente reivindica los ideales republicanos como impulsores de la sociedad en que vivimos, y su preocupación por el laicismo y la educación como claves de su modernización. El segundo artículo, escrito por Manuel Suárez Cortina, hace un repaso muy interesante de las culturas políticas de los republicanos. El autor diferencia hasta tres culturas políticas hasta los años treinta, con elementos comunes como el populismo, progresismo o racionalismo, pero también con matices derivados de la base social, el momento histórico o las fuentes doctrinales y sus configuraciones discursivas. En síntesis, estas culturas políticas serían la “demosocialista”, con base en el pueblo y cercana al movimiento asociativo obrero, principalmente anarquista; la “socialista jacobina”, que afirmaba la revolución y confiaba en una elite como base de la acción política; y la “demoliberal”, interclasista y con planteamientos económicos próximos al librecambismo.

Los dos siguientes artículos se centran en el análisis del porqué del fracaso de la Segunda República. Mientras que Nigel Townson pone especial énfasis en el enfrentamiento entre los partidos republicanos, Juan Avilés realiza un interesante análisis en busca de claves más complejas. En su estudio pasa revista a la falta de cohesión de los partidos que conformaron el Frente Popular, la importancia que tuvo la crisis económica o la violencia, sin olvidar el importante papel del individuo en la

historia, que se concreta en una crítica a la actuación del republicano español por excelencia, Manuel Azaña.

Con la llegada de la guerra civil se inicia un declive evidente en la presencia de los republicanos en la historia de nuestro país. Así lo corrobora el artículo que cierra esta primera parte, a cargo de Ángel Bahamonde. Este declive tiene su reflejo en la mayoría de las investigaciones que completan la presente monografía. Si en los artículos precedentes se presta una especial atención a los partidos republicanos, los ideales y sus personajes más importantes, desde este momento, salvo raras excepciones, el estudio sobre unos y otros decrece. Hay que señalar que, como sucede en la mayor parte de la historiografía de este período, el significado de la palabra “republicano” cambia de sentido. Por republicano se va a entender aquel luchador en la guerra civil que defendió la legalidad de la República, indiferentemente al partido en que militara.

Así sucede en los interesantes artículos que conforman la segunda parte del libro, y que tratan sobre la salida de los españoles perdedores de la guerra hacia Francia, el de Ángeles Egido; sobre su internamiento en los campos de exterminio nazi, el de Benito Bermejo; o aquellos que abordan la represión contra las mujeres, el de Conchita Mir, o de una forma más genérica la represión antirrepublicana, como el de Mirta Núñez. Esta última culpa al régimen franquista de que el republicanismo perdiera su identidad y, por lo tanto, de que el ser republicano quedara desdibujado en la represión de la posguerra, debido a que el régimen de Franco identificaba a todos los opositores como comunistas. No le falta

razón a Mirta, pero también es cierto que la presencia de los republicanos en la clandestinidad fue muy débil si la comparamos con el resto de organizaciones antifranquistas y, sobre todo, con los comunistas.

Precisamente, a mi modo de ver, hace falta avanzar más sobre la represión contra los republicanos en concreto, es decir, contra aquellos que militaban en organizaciones republicanas. Analizar la importancia que para la dictadura tenía su actividad, el control que sobre ellos ejerció la policía, hacer un estudio comparativo con el resto de luchadores antifranquistas... Porque, en demasiadas ocasiones, se abusa del término republicano para englobar a todos los represaliados por la dictadura, indiferentes a su verdadera militancia. Un estudio que debería ampliarse con la represión de los cuadros dirigentes y su evolución.

Algo que, ya en la tercera parte del libro, intenta Abdón Mateos en su artículo y que, por cierto, es el que verdaderamente aborda la temática que propone el título: la Izquierda Republicana desde la salida de España hasta el fin de la guerra mundial. Mateos hace un seguimiento muy sugerente de la evolución del republicanismo en México, de la gran fragmentación que sufrieron los partidos republicanos y la evolución de las tácticas puestas en marcha por sus líderes, según evolucionaban los acontecimientos internacionales. Esta tercera parte se completa con los artículos de Manuel Muela y de Miguel A. Yuste, que ponen el acento en la falta de unidad con que las fuerzas antifranquistas salieron del final de la guerra civil. Esta circunstancia implicó un evidente retraso en la puesta en

marcha de las instituciones republicanas en el exilio –hay que recordar que el primer gobierno republicano en el exilio se constituyó a finales de 1945– lo que facilitó la pervivencia del régimen franquista. Alicia Alted, por su parte, centra el análisis en la siempre escabrosa cuestión de la gestión económica de la República en el exilio. La lectura de este artículo pone en evidencia la necesidad de una investigación profunda, más allá de personalismos y teniendo en cuenta la tremenda complejidad que este asunto conlleva, de las organizaciones de ayuda a los exiliados constituidas en el exilio durante los primeros años de posguerra.

La cuarta y última parte del libro, como sucede con el resto de la presente monografía, va más allá de su título. Pues, además de afrontar la actividad intelectual de los españoles en el exilio, la de los profesores universitarios en el artículo de M^a Fernanda Mancebo, se hace un repaso a las alianzas antifranquistas en el exilio, por José Luis Abellán y M^a Ángeles Nadal, se trata la presencia de los españoles en Cuba, por Roger González, o se aborda la actividad política del que fuera secretario de la JARE, Carlos Esplá, en el artículo de Pedro Luis Angosto. Pero hay que detenerse en el artículo de Isabelo Herreros, quien hace un repaso de la historiografía sobre el republicanismo y los partidos republicanos después de la guerra civil hasta la actualidad. Herreros se queja, con evidente razón, de la falta de trabajos monográficos tanto sobre los partidos republicanos en el exilio como de aquellos que actuaron en la clandestinidad. Esta ausencia de investigaciones es una realidad que queda claramente reflejada en el presente volumen. Faltan los trabajos

que continúen en la dirección que apuntan los artículos de la primera parte del libro o la trayectoria de los partidos republicanos. Habría que analizar otras cuestiones, además de las ya señaladas sobre la represión, como son la evolución de las culturas políticas republicanas a lo largo de la dictadura franquista, cómo el ideal republicano fue adaptándose a los nuevos valores de la sociedad, qué diferencias se fueron evidenciando entre los republicanos del exilio y del interior, que implicación y presencia tuvieron los partidos republicanos en las diferentes alianzas que se constituyeron entre las fuerzas antifranquistas, etc.

En definitiva, el presente libro es una importante aportación sobre el republicanismo en nuestro país: por un lado, gracias a la síntesis historiográfica y la relevancia de los artículos que lo conforman y, por otro, por las carencias que deja al descubierto, ya que abre nuevos caminos para la investigación en un tema sobre el que queda mucho por escribir.

Ángel Herrerín

Ángel Viñas, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, Barcelona, 2003. 616 pp.

La publicación de un libro sobre las relaciones hispano-norteamericanas ha tenido una doble actualidad: la conmemoración del 50 aniversario de los Pactos de 1953 y el carácter polémico del tema en el último año, con motivo de las posiciones gubernamentales en la crisis de Irak y del rebrote de un antinorteamericanismo que se

pensaba mitigado en la década pasada. Por otra parte, siempre resulta gratificadora la aparición de obras sobre la política exterior española, dada su habitual parvedad; sobre todo cuando tratan una relación bilateral tan relevante como la trazada con EEUU, con tantas cuestiones abiertas. Los historiadores de la economía aún discuten la repercusión de los acuerdos de 1953 en este ámbito; apenas se ha estudiado su impacto en el ámbito cultural o en la evolución de las Fuerzas Armadas españolas; tampoco han merecido atención los cambios de la imagen de los EE.UU en España, ni se han aprovechado las percepciones norteamericanas sobre la evolución de la política interior española.

Desde los años ochenta, la atención historiográfica se ha centrado en desmenuzar los Acuerdos de 1953 -muy beneficiosos para el Régimen, pero lesivos para la soberanía nacional- y las distintas renegociaciones de dichos convenios. La anterior obra del propio A.Viñas y la de A.Marquina son los estudios básicos, seguidos por tesis doctorales y libros como los de B.N.Liedtke, A.Jarque, F.Termis, J.Edwards, J.R.Dabrowski, S.B.Weels, W.R.Gilmore. Aún así casi, quedan enormes lagunas sobre la década de los sesenta, y qué decir del inmenso océano de las tres últimas décadas del siglo veinte. Los archivos estadounidenses contienen el material decisivo, en buena medida por explotar, porque los investigadores chocan con el valladar de las fuentes documentales españolas. Sigue habiendo graves problemas para encontrar y consultar documentación en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores; nadie ha podido consultar la documentación militar, en especial del Alto Estado Mayor, y el archivo de la

Comisión Hispano-Norteamericana ni siquiera está localizado.

Esta introducción sirve para enmarcar la recensión del libro de A. Viñas. La obra es una interesante puesta al día del tema, con su libro inicial como base, enriquecida por nuevas fuentes documentales. La parte más acabada sigue siendo la correspondiente a los años cincuenta: cómo se gesta el acercamiento de la administración Truman al Franquismo en el marco de la Guerra Fría, la negociación de los acuerdos y sus consecuencias. La dictadura decide pagar cualquier precio que no fuera liberalizar la economía o la política (renuncia a la neutralidad y recortes de soberanía que no resuelven su problema de seguridad, más riesgos nucleares, etc), a cambio de los beneficios políticos y, en segundo término, militares y económicos, que para la dictadura suponía la conexión con EEUU. Quizá falta terminar de aclarar el por qué de los retrasos del acuerdo y documentar en qué momento de la negociación se produjeron las cesiones españolas más trascendentes que dieron lugar a pactos tan desequilibrados.

El resto de la historia, como señala el autor, fue intentar reducir las hipotecas aceptadas en 1953, de las que siempre tuvieron conciencia las burocracias militar y diplomática del Régimen, en particular esta última. Aunque el autor no puede documentar el proceso de toma de decisión en la parte española, el libro deja patente la nefasta intervención de la parte militar en las negociaciones (de Vigón y, sobre todo, Muñoz Grandes), su secretismo y la inoperante división ministerial de las tres armas, la falta de coordinación con Asuntos Exteriores y la relegación de este ministerio hasta los años setenta,

así como la inexistencia de una política exterior y de seguridad concertadas. Como señala el autor, las renegociaciones reflejan claramente el funcionamiento interno de la dictadura: la descoordinación administrativa y política y el modo en que Presidencia de Gobierno ejercía la autoridad suprema.

Viñas salva la profesionalidad de los diplomáticos en todas las negociaciones y destaca su impotencia para mejorar los acuerdos ante la cerrazón del núcleo duro del Régimen; sin embargo, falta dilucidar las distintas posiciones dentro de Exteriores: el equipo de Castiella y Garrigues con una visión más política, ligada a un proyecto "aperturista", el pragmatismo de los tecnócratas, o la posición de sectores más ultras y nacionalistas como Blas Piñar, el propio Rovira (relegados después de 1963), o Cortina en 1975. Tampoco es posible, creo, analizar las relaciones bilaterales hispano-norteamericanas sin hacer un seguimiento simultáneo más exhaustivo de las relaciones de ambos países con Marruecos y de evolución de las Fuerzas Armadas franquistas a lo largo del periodo. De otra forma es difícil valorar las urgencias militares españolas en las distintas negociaciones y la percepción de las amenazas de seguridad, que no se centraban únicamente en el peligro de la subversión interna. Otro tanto puede decirse del contencioso de Gibraltar: si no se incorpora, no se entiende la preocupación oficial por controlar los sobrevuelos militares; ni, sobre todo, la tensión del equipo de Castiella en 1968-9. De hecho hasta junio de 1969, cuando se firma el acuerdo de principio que permite una prórroga de un año, y en los meses siguientes hay más preocupación

en la parte norteamericana de la que Viñas refleja.

En conjunto, las rondas negociadoras de 1962-63 y 1968-69 quedan bien explicadas. A los nuevos historiadores les falta la tarea de cubrir el resto de las relaciones bilaterales en los años sesenta, incluidos temas como la cuestión cubana o la evolución del Spanish lobby en esa etapa. Los vacíos documentales se notan mucho en la interpretación de la política de López Bravo: la negociación sí fue incómoda para la parte norteamericana, porque para su sorpresa se siguió el patrón dejado por Castiella en 1969, que incluía la cooperación militar con Francia, los guiños de una Ostpolitik y el esquema de lo que será el acuerdo de 1970, en particular en la vertiente de cooperación no militar. La aportación del embajador Nuño Aguirre de Cárcer, elemento puente en la negociación, hubiese sido básica para entender las continuidades, pero Viñas prescinde de su testimonio. Se minimiza lo negociado entre 1970-72, así como la labor de control ejercida desde entonces por el Comité Conjunto, bien documentada en los archivos norteamericanos. El autor reconoce la necesidad de un estudio jurídico sobre los acuerdos de procedimiento y anexos en todo el periodo 1953-75 y también habría que esclarecer cuestiones básicas de la negociaciones de 1975, como la posición de la parte militar, la implicación del tema marroquí o la actitud final de Cortina. Hubiese sido muy interesante un apéndice documental, porque Viñas maneja documentos de su archivo personal que resultan inaccesibles.

Los aspectos polémicos del libro tienen que ver, a mi juicio, con dos de las hipótesis de partida del autor: una

explícita en el prólogo del libro y otra subyacente. Ambas hacen que, a ratos, el autor aparque el análisis histórico y la obra adquiera un tono más político. Según la primera, el modelo de disuasión franquista” establecido en 1953 (que implicaba la falta de independencia internacional, incluso interna) no se rompe hasta el convenio de 1988. En la base de esta premisa está la defensa a ultranza de la política exterior del PSOE en los años ochenta: el historiador desaparece para dejar paso al diplomático comprometido y el relato es la memoria de su trayectoria ideológica personal, que coincide con la oficial de su partido. La posición del autor, contraria a la adhesión al Tratado del Atlántico Norte en 1981-2, predetermina el tratamiento que da a la negociación de 1981-2 y al tema OTAN hasta 1989. Con el agravante de que los capítulos correspondientes a esta etapa no se basan en fuentes documentales, sino en las memorias de dos protagonistas (F.Morán y J.Feo) que comparten la visión del autor. Aunque Viñas reconoce que se trata de una negociación “todavía desconocida” no duda en condenar a los hacedores del convenio acordado en 1982 por cambiar la fórmula de acuerdo respecto a 1976, por lograr pocas contrapartidas y por entrar en la OTAN antes de negociar; incluso insinúa presión norteamericana al hacerlo. Sin embargo, tiene que admitir después sus frutos en desnuclearización, control del territorio y del espacio aéreo y, en general, en el logro de una relación digna basada en el trato de aliados merced a la pertenencia a la OTAN. No admite que la visión de las relaciones internacionales que tenía el primer gobierno del PSOE, sobrada de ideología, más el compromiso con sus votantes tras la campaña electoral de

1982, forzaron una serie de pasos (disociar el convenio de 1982 de la integración de la OTAN, elaborar un discurso sobre la “europeización de las opciones estratégicas de España”, etc.) que complicaron mucho la renegociación de los convenios. Sin duda se negoció bien entre 1986-1988 (con coordinación, con ideas claras, con la seguridad de un gobierno con mayoría absoluta que, además, podía prescindir de las tradicionales contrapartidas) pero, es posible que previamente se hubieran crispado las relaciones con EEUU, en exceso. Los “jóvenes nacionalistas” españoles tardaron mucho en transmitir la “fiabilidad y la predictibilidad” propia de un buen aliado. Y al final, los Convenios de 1988 siguieron en buena medida la normativa OTAN, luego habrá que reconocer que la pertenencia a la organización siempre ayudó a normalizar la relación con EEUU.

La segunda hipótesis a la que me refiero queda de manifiesto en el título de uno de los capítulos: “Los americanos ayudan según sus intereses”. Teniendo en cuenta que el autor acepta una visión “realista” de las relaciones internacionales cuando hace suyas unas observaciones de F.Morán (“todos los países, grandes o pequeños, se afanan por aprovechar los resquicios a su alcance en una búsqueda permanente e incansable de influencia, reconocimiento y –en ocasiones- poder”), resulta chocante que se escandalice de cómo juegan sus cartas los gobiernos norteamericanos respecto a España. Insinuar tacañería, criticar que nunca se ofreciera una garantía de seguridad o que se aprovechara la dejación e incompetencia españolas no tiene mucho sentido. El autor juzga a los gobiernos de Washington con un

insólito rasero moralizador y deja que se proyecte la sombra de la sospecha sobre las verdaderas intenciones yanquis con respecto a la política interior española: las referencias a Kissinger o a la implicación de la embajada en el 23-F son algunas muestras. Sin querer, se traspone con cierto automatismo la desastrosa política de EEUU en Latinoamericana de los setenta a toda la política desarrollada por Washington respecto al Franquismo.

Se echa de menos un seguimiento matizado de la posición estadounidense respecto a la política interior española a partir de finales de los cincuenta, quizá comparándola con la política de Europa Occidental hacia la dictadura. En la documentación norteamericana queda clara, por ejemplo, la escasa credibilidad que se otorga al “aperturismo” o la imagen más positiva que se tiene los tecnócratas; el carácter arbitral que se concede a las fuerzas armadas y el interés por acercarlas a sus homólogas occidentales para conseguir un cambio radical de mentalidad; una visión realista de la falta de fuerza de la oposición antifranquista y una estrategia de acercamiento prudente a estos grupos (para no poner en peligro las relaciones oficiales) combinada con mecanismos de captación a medio plazo de las futuras élites postfranquistas a través de la política cultural y de las actividades de la USIA (United States Information Agency); el intento de contrarrestar el deterioro de la imagen norteamericana por Vietnam y por el apoyo que, mal que pese, se está dando a la dictadura; la confianza en una transición “controlada”, lejos de las convulsiones portuguesas y, sobre todo, la conciencia –desde los años sesenta- de que un gobierno democrático en España recortaría considerablemente las

facilidades militares norteamericanas en España, pero facilitaría su plena integración en el bloque democrático occidental, objetivo último de las administraciones norteamericanas desde 1945.

Rosa Pardo